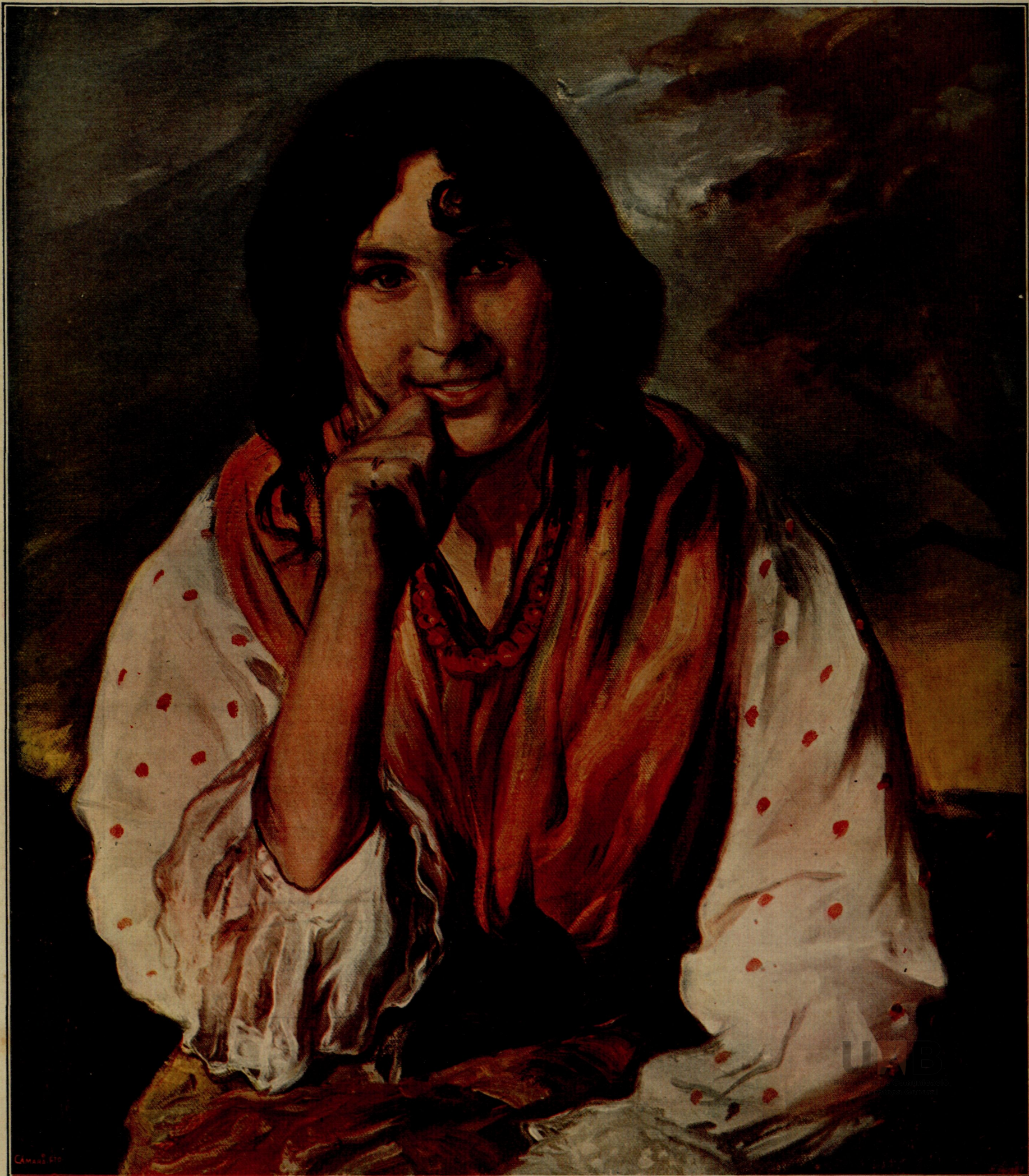


La Esfera



Año II * Núm. 81

Precio: 50 cénts.



"GITANA", por Diego López



A. Ehrmann.

EL JABÓN HENO de PRAVIA

produce espuma
abundante ;
se recomienda
á las personas
de cutis delicado

La Esfera

Año II.—Núm. 81

17 de Julio de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CAMARA-FID

MR. DAVID LLOYD GEORGE

Famoso financiero y político inglés, ex ministro de Hacienda y actualmente "Ministro de Municiones",
cuya fabricación intensa ha logrado organizar admirablemente en la Gran Bretaña

UAB
Biblioteca General



La Cruz Roja en la guerra.—Llegada de un convoy de heridos á un convento convertido en Hospital de sangre

DE LA VIDA QUE PASA PESADILLA SIN FIN

LEIDOS diariamente los terribles lances de esta lucha sin ejemplo, creemos despertar de un espantoso sueño y decimos: «¿Y ahora qué...?» Nuevas lecturas, nueva pesadilla siniestra y macabra. ¿Habrá en el suelo europeo superficie bastante para dar sepultura á tan crecida suma de muertos?... Nuevas interrogaciones del aterrado soñador. «¿Será ésto, más que una guerra, un inmenso suicidio de la Humanidad, cansada de vivir y harta de civilizaciones mentirosas con que la han embaucado dos viejas charlatanes, la falsa Historia y la falsa Política?...» Si después de esto viniese algo con nombre y penacho de paz, ¿cómo será una paz? ¿Vendrá como descanso de verdugos y tregua de matachines, ó nos traerá un mundo enteramente nuevo, en el cual los únicos muertos serán la fuerza bruta, la ortodoxia militar, la ciencia destructora, la diplomacia verbalista y reservona, apareciendo entre tales despojos los gérmenes lozanos de un nuevo Derecho Público, de la Justicia y de la Razón?

El encadenamiento de estos horrores, cuyo fin solo podemos imaginar lanzándonos á extravagantes conjeturas, ha producido en España los naturales efectos en el orden económico y social, y además otros efectos que podemos calificar de morbosos, calamidad desconocida en los demás países no beligerantes. Dijérase que un Genio maléfico se ha entretenido en aplicar al cuerpo de nuestra desdichada Nación los Rayos X, iluminando nuestras entrañas para dejarnos ver la ponzoña y las deformidades fisiológicas escondidas en nuestros tejidos, en nuestra sangre y en nuestro sistema nervioso. ¡Y nosotros, pobres ilusos de la presente y pasada generación, que creíamos haber progresado y ser ya un pueblo restablecido de los males que le afligieron en gran parte del siglo XIX! Pues no es así. Los Rayos X, que Dios confunda, nos dicen que aún llevamos dentro del cuerpo las dos guerras civiles, mejor será decir las tres, con la inaudita barbarie del fanatismo religioso en su forma más brutal, la exaltación del Rey Absoluto; el palo y el destierro como única razón de Estado. Los malditos Rayos X, permitiéndonos ver el latido de nuestros corazones, nos permiten también oír el odioso ruidillo de *vivan las caenas*.

Pues bien, señores míos; sobre estas monstruosidades que aún llevamos dentro, han ido pasando, en diferentes épocas, las constituciones, como pasan los productos farmacéuticos por un organismo enfermo, revolviendo los humores, sin lograr la curación completa. El hecho es que nos creíamos modernizados, y lo estamos, ciertamente, en la ropa y en el lenguaje, pero en lo de dentro todavía nos falta un poco, mucho tal vez.

El morbo interno atávico se manifiesta en la

vida exterior con caracteres gravísimos de epilepsia guerrera ó *Delirio Germánico* y pronto se advierte que ni la lógica ni el sentido común han producido este formidable bloque de opinión ante la guerra. Ni sombra de afinidad religiosa puede haber en esta opinión. Aterrados quedarían Ignacio de Loyola y Martín Lutero si los germanófilos españoles les trajeran del otro mundo para que presidieran juntos este conglomerado monstruoso. Buscando afinidades sólo encontramos una razón política: el imperio de la fuerza bruta, con las conciencias dormidas y las inteligencias apagadas.

Lo más desagradable del germanismo español es que no se limita á la muchedumbre gregaria, de abolengo clerical y absolutistas, sino que en él figuran, descollando luminosas en el vulgar montón, personas de elevada mentalidad, y esto se explica por la fascinación que en todo el mundo ejerce la ciencia alemana. Sin regatear á los países teutónicos la luz que irradian sus Universidades y sus innumerables Institutos docentes, debemos de afirmar que también han florecido las ciencias en Francia, en Inglaterra, en Italia y aún en nuestra pobre España, y que los prodigiosos inventos que han mejorado y dulcificado la existencia humana, gloria son en su mayor parte de las tierras latinas y anglo-sajonas. El mérito grande de Alemania ha consistido, no en crear la ciencia madre, sino en desarrollar la ciencia hija, ó sea la industrialización de la ciencia. Afirmado esto, debemos sostener que el poder de Alemania en la presente guerra y su enorme resistencia defensiva que tanto entusiasma á nuestros germanófilos debe atribuirse á que desde 1871 los alemanes se han dedicado con increíble perseverancia á la industrialización de la guerra. Con esta inteligente y metódica preparación de todos los elementos de combate, y la formidable red de espionaje extendido por todo el mundo, y el exaltado patriotismo entre místico y egolátrico, se lanzaron á la guerra en Agosto último, creyendo que pronto darían cuenta de sus rivales. La campaña no les ha resultado tan rápida y feliz como creían; hemos visto, ¡ay!, dolorosos franceses de la inmensa tragedia, pero el desenlace de ésta no parece cercano. En todas nuestras pesadillas vemos una esfinge que nos mira y calla.

Por la fuerza de la realidad, España tiene que mantenerse en una neutralidad exquisitamente observada. Llevando nuestro país en su seno la dolencia de que hemos hablado, no puede ofrecer á ninguno de los beligerantes un apoyo militar. Los que sentimos ardiente simpatía por los aliados hemos de declararlo así. Carecemos de unidad en el sentimiento que mueve á los hombres á toda empresa heroica. Si nos propusiéramos intervenir, los áspides que llevamos en nuestro

organismo nos quitarían la buena intención. Alguien ha dicho que para destruir los tales áspides ó privarles de su malicia, sería necesaria una revolución. No me atrevo á desear una revolución más, porque desde que nacimos á la vida constitucional hemos tenido algunas, y todas han pasado sin dar cuenta de las molestas alimañas que se alojan en todas las cavidades del cuerpo nacional.

A las revoluciones preferiríamos la labor medicatriz de un gobierno tan liberal como enérgico, cualquiera que fuera su nombre ó apodo, gobierno que se aplicara con patriótica valentía á combatir y desarraigar los males que nos hacen caducos cuando queremos rejuvenecernos.

Conviene repetir que sería demencia llevar nuestras armas á la contienda europea. La razón es bien sencilla: tenemos opiniones tan variadas como ardientes sobre cuanto concierne al ejercicio de las armas; pero no tenemos armas, ni militares industrias que las produzcan con la superabundancia de que resulta la eficacia estratégica; no tenemos hombres; pero no tenemos brazos ni cabezas militares; todo eso tendríamos seguramente si nuestros presupuestos de guerra no fueran exclusivamente burocráticos, creados para fines de vida oficinesca y de provecho personal. En la raza existen latentes las grandes virtudes militares, la destreza, la abnegación, el heroísmo; pero nuestros gobiernos de medio siglo acá se han acordado más de lo secundario que de lo primordial. Muchas contrariedades, muchos desengaños, no pocos reverses hemos de sufrir antes de tener un ejército á la moderna.

La neutralidad que no podemos quebrantar nos mantiene dentro del cerco de las manifestaciones platónicas más ó menos exaltadas. Los que hemos puesto en los aliados todas nuestras simpatías y el fervor de nuestros corazones, debemos de perseverar en esta política sin faltar á los deberes de cortesía con todos los beligerantes y justificar nuestra preferencia con razones históricas y sociales, desechando las antipatías propias de temperamentos rencillosos. Al despertar de cada pesadilla seguiremos conjeturando el fin de esta espantosa guerra. ¿Estará próximo; estará lejano? Venga tarde si ha de traernos una paz desarmada y, por lo tanto, duradera.

La intervención de Italia ha traído un nuevo factor al inmenso y embrollado problema. El que esto escribe, conocedor de Italia, Alemania, Francia, más aún de Inglaterra, y de los valores ideológicos de estos grandes países, examinará en otro artículo los nuevos aspectos de esta grandiosa fatalidad, ante la cual emudece, de asombro, y espanto el mundo entero.

B. PÉREZ GALDÓS

Madrid, 12 de Julio de 1915.

edicación
Biblioteca General

LA FAMILIA REAL



La vorágine de la moderna existencia, con sus comodidades y rapidísimos medios de locomoción, ha modificado antiguos usos y costumbres, democratizando, sin la menor protesta, las clases sociales más privilegiadas. Nuestros augustos Soberanos asisten á las fiestas públicas sin el antiguo ritual palatino, comen en los grandes hoteles, donde se reúnen distinguidos turistas ó veraneantes, haciendo de ordinario la misma vida que las personas de la alta aristocracia. La fotografía que publicamos representa á S. M. la Reina Victoria rodeada de sus augustos hijos, el príncipe de Asturias, las infantas Beatriz y María Cristina y el infante D. Juan, en los jardines del Real Sitio de San Ildefonso

FOT. VILASECA



POR SER COJO



"Carlos V en Mulberg", cuadro del Tiziano



La armadura de Carlos V en la Real Armería

CASI todos conocen aquel cuentecillo que reza así: «Era un ricacho que tenía suntuoso palacio, más para mover la admiración y envidia de quienes lo visitaban que para gozar de él. Tenfalo abierto en todo punto á quienes quisieran visitarlo, y gustaba él mismo de mostrarlo, á modo de guía de museo, celoso de encarecer sus bellezas y fastuosidad y sobre todo de que no le tocasen ni estropeasen nada. Artesones, pinturas, esculturas, mármoles y bronceos, todo era de mucho precio y primor. Pero lo que más le enorgullecía al ricacho eran los tallados, ataraceados con las maderas más ricas y exóticas, pulimentados como lunas de Venecia. No consentía que nadie los pisase y por evitarlo había tendido al paso mullida alfombra de ruedo. Sucedió que un general, su amigo, vino á visitarle y á visitar el palacio. Era un bravo y desenvuelto militar que usaba una pierna de palo, habiendo perdido la suya propia en una acción de guerra. «Por aquí, por la alfombra», decía el ricacho señalando el camino. Pero el general, como si nada oyese, metíase por el tallado, andando de un lado para otro y levantando con el palo de la falsa pierna un ruido deplorable que al ricacho le hacía eco en el corazón. No sabiendo como atajar el mal, el ricacho suplicó: «Por Dios, general; no ande usted sobre el tallado que va á resbalar». En esto, el general se volvió sonriente, levantó en el aire con prodigioso alarde de equilibrio la pierna de palo, hasta mostrar al ricacho una formidable contera puntiaguda, y respondió: «¡quí! Llevo un buen pincho». La historia no concluye si, como es de presumir, al ricacho le dió un soponcio.»

Hace pocos días, leí en «La voz de la calle», del *Heraldo de Madrid*, una carta que, de primera intención, me trajo aquel cuentecillo á las mientes. He aquí la carta en substancia: «La otra mañana fuí á visitar la Real Armería para revivir con la imaginación la gloria y grandeza de nuestros héroes antiguos. Pero el portero me negó el paso porque soy cojo y mis muletas podían rayar el pavimento. En vano yo le hice observar que mis muletas llevan tope de goma. Todo fué inútil. ¿Es que por ser cojo me han de estar vedados esos lugares en donde la imaginación halla los más puros deleites?» Iba la carta suscrita con el nombre del interesado, que no

hay para qué reproducir. Muchos son los hombres de vista baja que, como el ricacho del cuento, piensan que la mayor copia de hermosura y el más grave objeto de nuestros afanes debe estar en el suelo. Pero el suelo, si para algo sirve, es para recordarnos que carecemos del vuelo. Y este cojo, quería volar. Por eso no se acordaba de que hay pavimentos y tallados lustrosos, gracias á los cuales aquellos hombres cuya cabeza se mete en las nubes, aprendan que, no ya volar, también andar sobre la tierra es sumamente difícil, y con muletas imposible.

Este es un cojo imaginativo. La imaginación, como todas las cosas en extremo exquisitas y sutiles, para cuajarse necesita de quietud y de sosiego. El vendabal del movimiento la deshoja y desnuda, como hace con los rosales. La imaginación repugna el esfuerzo y la violencia para realizar sus obras; ve las cosas en sus resultados y en una manera de inmovilidad. Gusta de la acción, pero no de la acción del momento presente, que es efímera, cambiante, obscura y por ende poco bella. Por ejemplo, el hombre de acción, si levanta el brazo con que empuña la espada, es para asestar el tajo; el hombre de imaginación cristaliza ese instante del brazo armado en alto y trueca de esta suerte la figura en un arcángel de vidriera. Por eso para la imaginación no existe el presente, sino el pasado y el porvenir, dos modos de eternidad. Por eso este cojo imaginativo ama el pasado, y en él busca para su imaginación los deleites más puros.

Este cojo, reducido por la invalidez, ha pasado largas horas sentado y á solas. Ha soñado mucho y cuando le rindió la fatiga se ha procurado nuevas tramas irreales en esos telares de los sueños que se llaman libros. Ha leído libros de caballerías; ha leído las andanzas de Don Quijote; ha leído historias antiguas, donde se narran empresas de los grandes reyes y capitanes. Y su imaginación se había hecho tan ancha y profunda como la sima de los siglos. Pero, en ese enorme escenario de su pequeño cráneo laborioso había una á manera de neblina, como si los actores no tuvieran corporeidad, como si fueran fantasmas. Y el cojo quiso dar cuerpo y luz mejor á sus sueños, apacientando la imaginación por el camino de los ojos. Y fué á la Real Armería. Había leído cómo D. Quijote, después

de haber hallado las armas de sus bisabuelos «limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; más á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera». Y quería ver con los ojos de la carne morriones, medias celadas, celadas engoladas y celadas de encaje. Sabía, por haber leído con cuidado á Cervantes y á otros autores que le comentan y aclaran, que D. Quijote iba armado con loriga y falda, musleras y grabas de las que se empleaban á fines del siglo xv y comienzos del xvi, morrión de acero con ala estrecha y piezas de cartón añadidas, adarga de cuero en la primera salida y después rodela del siglo xvi, y, como armas ofensivas, lanza, lanzón y espada de lazo ó taza, de las usadas en el siglo xvii. Y quería guardar bien en la memoria sensitiva el repertorio de la panoplia quijotesca. Sabía que las dos espadas de Mío Cid se llamaban tizona y colada, y la de San Fernando III, el Santo, lobera, y que se hallan en la Real Armería. Y quería recoger en su espíritu el brillo heroico de los aceros insignes y con él inflamar las épicas estancias de nuestra fabulosa Reconquista. Sabía de las aventuras guerreras del gran Carlos V, lo gran justador que era, lo mucho que se movió por todo el mundo, que apenas reposó dos noches en el mismo lecho, y cuando por la gota ya no pudo sostenerse á caballo hacía que lo llevasen en una litera á dirigir las campañas, las muchas armas y arneses de todo linaje que tenía, de orfebres y armeros tudescos, milaneses y españoles, de guerra y de justa, el arnés que llevaba en la batalla de Mulberg, con que lo representa Tiziano, el que á medias perdió en la infortunada jornada de Argel, la armadura á la romana que Campi forjó. Y quería, como él mismo dice, revivir con la imaginación la gloria de los tiempos antiguos.

Pero tropezó con el portero, y el portero le cerró el paso porque es cojo y podía rayar con sus muletas el pavimento. No te importe, amigo entrañable; el orfebre más sutil, que nunca tuvo ni tendrá quien lo emule, lo llevas contigo: la imaginación.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

BELLAS ARTES
LA EXPOSICIÓN ANGLADA



MUCHACHAS DE LIRIA

EN el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, y á beneficio de los huérfanos franceses de la guerra, se ha celebrado una exposición interesante de cuadros del admirable pintor Anglada.

La coincidencia de esta Exposición con la Nacional retrasó nuestra visita á ella, puesto que, desde su inauguración, decidimos ir expresamente á Barcelona para ver un conjunto de obras de Anglada, el más importante y representativo que por primera vez se exponía en España.

Hermenegildo Anglada Camarasa ha hecho triunfar su arte originalísimo y colorista fuera de España. Tiene cuarenta y tres años y lleva cerca de veinte instalado en París. En las grandes Exposiciones internacionales de París, Londres, Roma, Venecia, Buenos Aires, Bruselas, etcétera, ha conseguido los premios de honor. Es miembro societario de las principales Academias de Bellas Artes, y la crítica extranjera, siempre que se habla de la pintura española contemporánea, es el de Anglada Camarasa uno de los pocos nombres que cita.

Pero Anglada, como Zuloaga, no ha expuesto nunca en nuestras Expo-

siciones Nacionales. Acaso esto pudo restarle simpatías en algún momento y enconar las hostilidades de sus compañeros.

Sin embargo, más que su voluntad propia han influido en este alejamiento aspectos ajenos y circunstanciales. Anglada no olvidó nunca á España.

Si sus cuadros de la primera época reflejaban la vida galante, perversa y refinada de ciertos medios parisienses, seducido por las magas coloraciones de la luz artificial y los trajes complicados y vaporosos de las cocotas—recuérdense, por ejemplo, *Quadrille* y *Restaurant nocturno*—, bien pronto había de evolucionar en un sentido españolista, de reproducir una España pintoresca, sin españoladas, sin pandereterías, sin hoscos y sombríos aspectos de fanatismo ó trágicas lujurias.

Todo lo contrario. La España de Anglada es clara, alegre, luminosa, impregnada de optimismo. Sugiere el contento de vivir después de ser una fiesta para los ojos. Busca su inspiración en las tierras del sol: Levante, Andalucía, Cataluña, Mallorca, y elige modelos femeninos en los cuadros de Anglada una primacía indiscutible—en cuyas figuras se



VALENCIA



LOS ENAMORADOS DE JACA

rememoran las razas griega y árabe. De aquí los ritmos serenos ó sensuales, la inquietud penetrante, zahorí, de las pupilas oscuras, las polícromas gallardías de los trajes y la ubérrima florescencia de los fondos, donde el color tiene matices y transparencias que parecen nuevas, recién descubiertas por el artista.

ooo

Veintiséis cuadros y tres dibujos al carbón han constituido la Exposición Anglada. Alguno de estos cuadros, como el titulado *Valencia*, alcanza la magnitud de siete metros por seis, y otros no precisan, como *Muchachas de Liria*, llegar á un metro para afirmar de un modo absoluto y rotundo la vigorosa belleza de la tendencia angladesca.

Bien quisiéramos analizar una por una todas las obras del maestro, porque, aun respondiendo todas ellas á un credo estético sólidamente afianzado en principios inquebrantables, tiene cada una sus cualidades peculiares, su carácter

llista, y nada tan opuesto al maestro valenciano como el maestro catalán. Si no hubiera más ideológicas y técnicas diferencias, bastarían las distintas clasificaciones: Sorolla es un pintor realista; Anglada, un gran decorador.

El sol es accidental en la obra de Anglada. Anglada, como Rembrandt, como Goya, como el contemporáneo Brangwyn, tiene «su luz». Una luz inconfundible, única, á la que supedita todo.

Hermen Anglada pinta casi siempre de noche, con luces y sombras especiales compuestas por él mismo, como el prólogo de la sinfonía polícroma y polirrítmica que luego habrá de ser cada lienzo.

Así se explica su amplitud estética, que va más allá de los dominios de la pintura, que liberta al cuadro de los viejos preceptos realistas y esclavos del natural para entrar á dominios que hasta ahora se le vedaban al pintor. Lienzos hay de Anglada que evocan, no el recuerdo, sino la efektividad de mayólicas, cerámicas, esmaltes, lacas, tapicerías, vidrieras, incluso esculturas...



LA DE LOS OJOS VERDES



LA DAMA NEGRA

propio y la particular compenetración entre los aislados ritmos de la forma y las gradaciones luminosas del color.

Pero no consiente el espacio de una crónica, en que debe concederse primordial importancia á las reproducciones gráficas, otra extensión que la de un somero resumen. Atengámonos á él.

La primera impresión que causa la pintura de Anglada es la del deslumbramiento. Es la paleta de este gran pintor aquel espejo que exigiera Leonardo de Vinci. A ella se asoma el sol, y envueltas en sol, flores, carnes de mujer, joyas, sedas, gasas y el mar. Pero ¿siempre el sol? No. Ello sugeriría inevitablemente el recuerdo soro-



NOVIA VALENCIANA



MALAGUENA



LA GITANA DEL CÁNTARO

En sus divinas y conscientes embriagueces del color realiza una transmutación de valores, y hay carnes de mujer que parecen frutos maduros ó flores recién abiertas, y en las floridas guirnaldas y en las ramas dobladas por el peso de las frutas, hay tersuras de femenina piel coloreada de interna sangre y brillos de pupilas femeninas y tentación de gordezuclas bocas de mujer...

Otras veces, como en *La danza de la corona*, consiguió para el cuadro esa extraña transparencia y la contorsionada epilepsia de líneas y colores de fauna abisal que tiene de noche la Naturaleza. No ya el arabesco fundamental que quiso—y consiguió—dar á los grupos de bailarines gitanos, envenenados de vino y de lujuria, sino la tentacular obsesión de pulpos es lo que abraza hombres y mujeres; y parecen arborescencias submarinas los árboles y arbustos terrestres que el pintor dierra, más que como fondo y ambiente del asunto, como complemento decorativo del lienzo. Había dos tendencias, mejor aún, dos épocas pictóricas claramente definidas en la Exposición Anglada. La exuberante de claridades, la en que todo está resuelto por blancos, amarillos, azules y verdes pálidos, y la reconcentrada, de colores que pudié-



RETRATO DE MLE. SONIA DE KLAMERY POTS. MAS

ramos llamar «cóncavos» para dar idea de su profundidad, sin que nada le perjudique á la intensidad pura y fuerte que poseen. La primera tendencia está comprendida en el colosal cuadro *Valencia*, y á ella pertenecen *Novia valenciana*, *Valenciana entre dos luces*, *El ídolo*, *Campesinos de Gandía* y *Muchachas de Liria*.

La segunda y más afirmativa de estas épocas del gran artista tiene su canon estético en el retrato de Mlle. Sonia de Klamery. No vacilo en clasificar esta obra de Anglada como una de las más perfectas de la pintura contemporánea. Debe su riqueza colorista, más noble, más depurada, más aristocrática de refinamientos cromáticos que *Valencia*, al personalismo influyente hoy día en distintas manifestaciones artísticas.

A ella pertenecen las figuras de mujer, que fueron el éxito de la Internacional de Venecia de 1914, *Malagueña*, *Sevillana*, *Sibila*—modelo de simplicidad—, *La gitana del cántaro*—una de sus obras mejores—, *La de los ojos verdes*, *La dama negra*, *Madriñena*, el otro retrato de Mlle. Sonia y *Los enamorados de Jaca*, lienzo extraño y atrayente en que ya no es el color sino la ciencia de la línea lo que sorprende y cautiva.—S.LVIO LAGO

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



“NIÑAS HOLANDESAS“, cuadro de Alvaro Alcalá Galiano

U B
Biblioteca de Compostela
e Hemeroteca Galega

PRECURSORES DEL HUMORISMO

BUFONES Y LOCOS DE REYES

SUGIÉRENME este artículo unas palabras de Alfredo Vicenti—y mencionado el augusto hablante, huelga decir si serán galanas y polidas—en el prólogo de *Chanzas y veras*, ingenioso libro que quiero recomendar á todos, aunque sólo sea de pasada, por ser feliz parto de un muy ático humorista con venas de satírico y modestia franciscana: Francisco Moya y Rico.

Dice así la egregia pluma:

«En todos los siglos y hasta en la Edad Moderna, los tiranos y los Monarcas más adustos se rodearon de *hombres de placer* que entretuviesen su ánimo y les proporcionasen, no como bufones, sino como curanderos, algunos momentos de olvido. No se sustrajo á esta necesidad ni el propio Felipe II.»

En este respecto, los Reyes de ahora deben de sentir envidia de sus antepasados: los bufones que les conocemos son menos hombres de placer que de aburrimento y de fastidio; suelen salirles muy caros, y desde luego á los pueblos parécenles carísimos. Visten casaca galoneada, prenda de tejido tan elástico que se ciñe igualmente á un ministro que á un cortesano, y así cuesta el distinguirlos. Tienen de hipócritas, de taimados y de medrosos, todo lo que sobraba á los de otras épocas de sinceridad, imprevisión y audacia. La suavidad que distinguía á los de antes para entrometerse en asuntos complicados, empléanla los de hoy para deslizarse y escabullirse de las cuestiones más fútiles. No afirmaré que mientan á todas horas; pero sí que dicen verdad solamente cuando les beneficia ó les interesa.

¡Oh, los antiguos bufones! Locos y bufones de Reyes fueron, en no pocas ocasiones, vehículos de la verdad, portavoces de la sensatez. Por su boca y aun por sus gestos llegaron muchas veces á conocer la realidad muy cuerdos y muy grandes príncipes y señores que la veían como locos. Muchas arbitrariedades de su locura fueron sentencias de la equidad más simple. Revulsivos contra el mal humor, eran igualmente escudos contra la injusticia, freno para el tirano, diversión y enseñanza para los de abajo y para los de arriba, y á todos, provocándoles á reír, evitaban bastantes lágrimas. Por algo los antiguos sentían un respeto supersticioso por la locura, hasta el punto de que el propio Hipócrates la juzgaba de esencia divina...

Erasmo, el gran pintor de las costumbres de su tiempo, en su *Elogio de la locura*, reserva en los festines un lugar á los bufones: «Si entre los invitados no se halla por lo menos uno capaz de alegrarlos con su locura natural ó fingida, se pagará algún bufón ó se atraerá algún parásito ridículo que sepa romper el silencio y ahuyentar la tristeza de los bebedores á fuerza de estupideces desopilantes».

Este parásito teníanlo siempre cerca de sí durante las comidas los ricos romanos. Acostumbraba mezclar sus discursos burlescos con sentencias máximas: filosofía sin prejuicios, sin coherencia, sin discípulos, que pagaba con ingeniosas salidas de tono, su única moneda, la hospitalidad que recibía, las migajas del festín que se le echaban.

Tales bufones no eran acompañantes exclusivos á la hora de la mesa. Aparecían también en los funerales, cerca de las planideras y de los *tibicenes* ó tañedores de flauta. Seguían al triunfador al entrar con toda pompa en ciudad conquistada. Cuando después de la segunda batalla de Filipo, Antonio se trasladó á Asia á levantar las sumas de dinero prometidas á los legionarios, hizo, según Plutarco, su entrada en las ciudades con todo un ejército de farsantes asiáticos, que sobrepujaron en bufonadas y burlas groseras á sus congéneres por él llevados de Roma. Venía de Oriente esta moda.

El Rey Demarata tenía un loco á su mesa. En tiempos de David ya había Reyes que sostenían bufones á su costa. Venidos de Oriente á Gre-



«Moisés salvado de las aguas», cuadro de Veronés, del Museo del Prado, de Madrid.—(En primer término se ve al bufón patizambo de la hija de Faraón)

cia y de Grecia á Roma, los bufones son de una antigüedad incalculable.

Los locos de corte con título oficial, los bufones á expensas de Reyes y de príncipes han llegado á constituir razas ilustres, estirpes nada menos.

¿Sorprende la existencia de razas de bufones? Verdaderas dinastías de bufones ha habido. Compruébalo un pasaje de *Sèrèe*, de Guillaume Bouchet, el cual, hablando de un idiota, dice que «Dios había creado y puesto en el mundo tal servidor»; «... pertenecía á una familia y á una raza en la que todos eran honestamente locos y alegres, y además todos los que nacían en la casa en que este servidor había nacido, lo eran también, aunque no lo fuesen por línea, nacían locos ó lo eran toda su vida, de tal modo que los grandes señores se proveían de locos en aquella casa, la cual por este hecho había alcanzado gran boga».

¿Se debe deducir de estas palabras que el bufón pertenecía necesariamente á la categoría de los desgraciados de figura ó á la de los dementes?

Se ha insinuado que cuanto más feo y contrahecho fuese el bufón, más probabilidades tenía de agradar y de ser albergado en grandes castillos. Si al principio no poseía á fondo su oficio, se le daba un maestro que se lo enseñase y le adiestrase para divertir. A algunos se les deformaba físicamente.

No te horrorice, sensible lector, la noticia. En los tiempos actuales, unas veces los poderosos y otras la sociedad entera, con la cobarde colaboración de los oprimidos, deforma almas y deshace cuerpos y aniquila hombres y mujeres de tal forma que en pasando de los veinticinco años no hay manera de que se reconozcan á sí propios. Candor, pureza, honradez, lealtad, ¿cuántas personas pueden afirmar que conservan íntegras tales virtudes? Salud, vigor, intelecto, fortaleza... Dios los dé. El trabajo, las privaciones se los llevaron... Somos todos, en suma, peor que aquellos bufones, pues hasta nos llevan la ventaja de no ser tristes, como somos casi todos los hombres hasta cuando reímos. Mayor crueldad que en otros tiempos se emplea-

ra con los bufones, usa hoy la sociedad con la mayoría de sus individuos. Entonces, la deformación de cuerpos y de espíritus presentaba la perspectiva de un buen acomodo y tenía bastante de obra de caridad: consolar al triste, más meritoria cuanto que el consuelo solía ser á expensas de la propia tristeza. Hoy la deformación no se hace para consolar á nadie, sino para enriquecerle, y es víspera del aniquilamiento, tras una agonía lenta... y en silencio, sin protestar ni salirse del tono impuesto por los señores de hoy. No, no llamemos crueles á épocas pretéritas ni desprecie-mos á sus bufones. Sería parcialidad y simpatía por la crueldad presente.

Al bufón le estaba todo permitido, con el agrado de su dueño y bajo su amparo y protección: entrar en la regia cámara sin permiso ni oportunidad, hablar á su antojo sin reverencia y sin que se le preguntase, osar contra los más altos blasones con los rayos de su malicia y de su ingenio. Abrumado por el desprecio de todos, riendo por deber en público, confundido con los perros de jauría y los halcones, quedábale el desquite de agobiar á todos á impulsos de su indignación ó de su disgusto, sin temor á represalias. Al abrigo de su caperuza, y gracias al talismán de su firsó, hacen oír las más duras lecciones á su amo, y por su conducta las dolencias del pueblo llegan á las gradas del trono en tiempo en que todas las bocas están amordazadas.

Eso sí; á cambio de este privilegio cuántas pruebas penosas, cuántas humillaciones! Un loco de oficio bien enseñado, saltaba y trepaba como un mono; tocaba la cornamusá, la trompeta y el rabel para igualar la música del ruiseñor; derrochaba un lujo de palabras para no tener nada que envidiar á la garza alborotadora; se sabía de corrido motetes, oraciones, versos, adivinanzas, cuentos alegres, todo para poner de relieve su superioridad.

Un loco de buena casa era educado con tantos cuidados... ¡como un burro sabio!

Tenía su «gobernante» para conducirlo é instruirlo. Aprendía entonaciones, cánticos y recitaciones, como las cotorras y como los mirlos enjaulados.

Si era indócil é indomable se le daba unos azotes y se le relegaba á las cocinas, con los marmitones y los recoveros.

Pero los que aprovechaban la instrucción y tenían sentido para emanciparse del gobernante, en vez de recibir vergajazos eran los más dispuestos á darlos. ¡Cuántas veces lograban vengarse de las injurias que se les infirieran antes! ¡Cuántos devolvían golpe por golpe y con usura!

... *Quels ennemis nous sommes.*

¡Comme on vous fait parfois payer cher vos dedains! dice el bufón en el acto II de *Le Roi s'amuse*, de Víctor Hugo.

Mucho antes de la Edad Media, en que el bufón aparezca por todas partes en las cortes de los Reyes y de los príncipes, el bufón ya existía.

En el Antiguo Testamento, cuando David, perseguido por la cólera de Saúl, llega ante el Rey de Gath, al verse reconocido por los servidores del príncipe se finge loco. Y el Rey dice á los que se lo presentan: ¿Para que me lo traéis? ¿Acaso estoy á falta de locos para traerme éste y hacerme testigo de sus extravagancias?

En el mismo *Ramayana*, la epopeya sánscrita, la esposa del valiente Rama, la bella Sita, tiene cerca de sí su bufón, que le detalla las cualidades de sus amantes.

Salomón también tuvo su bufón. Los Soberanos griegos también los tuvieron. Se les encuentra en la corte de Filipo y de los sucesores de Alejandro en Macedonia, en Attala, en Pèrgamo; en el palacio del tirano Dionisio, en Siracusa; entre los Antíocos Reyes de Siria; y más tarde, ya en España, con Teodorico II, Rey de los visigodos. ¡Hasta Attila tuvo su bufón!



CUENTOS ESPAÑOLES

LA ANTESALA DE LA MUERTE

EN el jardín de un asilo de ancianos. Hay dos eucaliptos gigantes, quietos como dos centinelas; en su tronco, del que han caído algunas espirales de corteza, hay manchas rojizas; los macizos tienen recortados festones de musgo, y entre la tierra oscura se alzan las varas de los rosales, sin flor, y las verdes haces donde las dalias son capullos aún. Más allá hay un trozo de huerta. Las tapias son altas, pero el terreno declina, y sobre ellas se ven unos lejanos montes del color de la violeta. El edificio cobija en sombra al jardín; tan sólo hay un banco musgoso donde aún llegan unos rayos amarillentos del sol que muere; y, poco á poco, la sombra va conquistando también ese dominio.

Un sordo rumor llena la tarde: es el rumor del mar, invisible y cercano. A veces pasa una gaviota sobre el jardín y se inclina, con sus blancas alas inmóviles, como si le faltase aire en la quietud otoñal de la tarde, y fuese á caer. Las ventanas del asilo están enrejadas; las enredaderas han oscurecido las paredes. Se ve desde el jardín la capilla, con su tejado cónico y su cruz de hierro donde, en las noches de huracán, rechina la veleta; se ve también una puerta abierta sobre la negrura de un corredor. En el apagado tono del jardín, las tocas de una monja que lee bajo un mirto, fingen realidad á la idea de la gaviota caída de lo azul.

Los ancianos están aquí y allá, en grupos; pero cada cual parece estar solo. Ellas se envuelven en mantos oscuros; ellos, en capas de pardo tono. Algunos se han sentado en el suelo y miran las arenitas de los caminos, tan fijamente, tan largamente, como si quisiesen contarlas. Un viejo seco y menudo, atacado de un raro mal, mueve constantemente la torcida cabeza, como si fuese su cuello una espira de alambre y alguien hubiese tropezado en él.

En el banco asoleado hay cuatro acogidos: Cristina, obesa y blanda, con blandura de sapo; Carmela, diminuta, encorvada, del color del marfil, estirados hacia atrás los ralos cabellos, casi

azulados, para unirse en un nudo misérrimo; Marcos, fuerte aún, con el rostro moreno, casi negro en los hoyos de la viruela, corva la nariz, salientes los pómulos, mostrando bajo la abierta camisa la bayeta gualda que envuelve su pecho; el Tolo al otro lado, quieto, babeante, sonriente, con una extraña y eterna sonrisa que contrae un solo lado de su cara redonda. Desde que llegaron al jardín, acomodáronse los cuatro en aquel asiento y gozaron del sol; ahora, lentamente, va trepando la sombra, piernas arriba, y la de las hojas lanceoladas de un arbusto frontero, baila en la cara del idiota inmóvil, como si fuesen vermes que mordiesen en él.

CRISTINA.—Perdióse la llave del jardín, de la puertecita del jardín.

CARMELA.—(Hablando sin moverse, con las manos flaquísimas cruzadas sobre el vientre hundido, sin alzar los tristes ojos del suelo.) ¿Perdióse?

CRISTINA.—Perdióse. La hermana Soledad me preguntó por ella. Yo no la vi.

CARMELA.—Ni yo.

Hay un silencio, durante el cual la sombra sube hasta las rodillas de los ancianos.

CARMELA.—Una vez se perdió también la llave de la iglesia de San Clemente. Se supo que la habían llevado unos ladrones, para robar.

CRISTINA.—¿Fué en San Clemente de Codesido?

CARMELA.—Fué. Yo pedía limosna en el atrio y vi á los ladrones.

CRISTINA.—Yo también estuve allí alguna vez, por la feria. Hay mucha caridad en San Clemente de Codesido.

CARMELA.—Así es. ¡Alabado sea Dios! Los señores del Pozo son los que me han traído á este asilo. ¡Así ellos tengan la gloria!

Por el sendero del jardín se acerca una anciana, con un penoso rastrear de pies; tiene el pelo blanquísimo, y sus labios hundidos, que no se cierran nunca, bordean el hueco negro de la boca sin dientes. Lleva en la mano una roja almoha-

da; y hay, en el traje de esta acogida, cierto prurito de distinción. Pasa. Se aleja. Se sienta en el banco que hay bajo un mirto, al fondo de la vereda. Sus pisadas rastreadas han dejado huellas oscuras en la arena del suelo.

CRISTINA.—Ya salió doña Sol. Marcos, ya salió doña Sol.

MARCOS.—(Torvo y seco.) Ya la veo.

CRISTINA.—En otros tiempos te he visto mirarla de otro modo. Entonces era ella pobre como nosotros.

CARMELA.—¿Y es rica doña Sol?

CRISTINA.—Tiene dos casas en Compostela. Pero pudiera tener media ciudad. Los parientes de su marido robáronle la herencia. ¡Muy poderoso señor era el marido!... Casóse con ella por amor; ella era la moza más guapa de la comarca toda. Hubo rapaz que se cortó los dedos de la mano derecha, para que el servicio del Rey no lo alejase de doña Sol. Pero el hidalgo fué el que llevó aquella rosa. ¿Recuerdas, Marcos?

MARCOS.—(Mirando, sobre la caída del báculo, su mano derecha mutilada.) Recuerdo; recuerdo, mujer.

CRISTINA.—¡Mucho la quisiste, Marcos!... La sangre de tus venas darías tú entonces por verla sonreír; y darías también tu hacienda toda. ¿Recuerdas?

Lejano quizá á la evocación, Marcos no contesta; ha despegado de su boca el cigarrillo amarillento y deshecho, húmedo de sucia saliva, y sacudió maquinalmente la ceniza negra. El sol ha ido bajando. Tan sólo á los rostros de los viejos llega su luz amarillenta, fría ya. Lejos, hay unas nubes blancas, cercanas al mar, que esperan que el rojo disco deslumbrante llegue á ellas para envolverlo y guardarlo, como en un estuche algodonado, un rubí. Entonces se incendiarán en rojo esas nubes, y el mar se tornará más oscuro y correrá por su planicie, un soplo misterioso, rizando las aguas dormidas. Los chillidos de las gaviotas son ahora más agudos. Un pájaro voló desde un eucalipto, más allá de

LA ESFERA

las tapias del jardín, y Marcos lo siguió con una mirada insistente. Dijo Cristina con su voz de inflexiones iguales:

CRISTINA.—Cuando echaron á doña Sol los hermanos de su marido, llegó al amparo de esta casa. Ella paga su celda y por eso tiene más cuidados. Ved esa almohada roja que no deja nunca. Dentro tiene los billetes del Banco que salvó de la codicia de sus parientes.

CARMELA.—¿Los tendrá?

CRISTINA.—Por mi fe que los tiene. Cuando duerme, pone la almohada roja bajo su cabeza, por temor de perderla.

por el camino, que serían para mí mejor cama que la cama que hoy tengo. Antes estaba mejor.

CARMELA.—Las monjas son muy buenas.

MARCOS.—Las monjas son muy buenas. Pero aquí no hacemos más que esperar por la muerte. Yo pienso ahora siempre en la Muerte.

CARMELA.—¡Todos somos sus hijos!

CRISTINA.—Tú algún día te escaparás de aquí, como se escapó el Roxo, hace un año por San Juan.

MARCOS.—(Cefundo.) No; yo no me escaparé nunca. No he pensado en escaparme.

Del jardín, ya totalmente en sombras, sube al

obesa, hinchadas por un mal. Carmela entró silenciosa, diminuta, encogida; el Tolo las ha seguido, inconsciente. Se han iluminado de pronto las saeteras de la capilla que dan al jardín. Una monja esperará á que los ancianos se sienten en los bancos de la derecha y las ancianas en los de la izquierda, para comenzar en alta voz la lectura piadosa.

Pero Marcos no entró. Desde el umbral ha vuelto atrás sus pasos cautelosos. Vagó como una sombra entre las sombras crecientes del jardín. Bajo el mirto, sigue sentada doña Sol. El báculo del anciano se abate sobre la cabeza



CARMELA.—(Con su débil voz afligida.) ¡Dormir!... ¡Yo no puedo dormir!... ¡Yo no puedo dormir nunca!...

CRISTINA.—Doña Sol quiere morir aquí.

CARMELA.—(Sin oírlo, más encorvada aún por el desconsuelo.) Paso las noches rezando, sin lograr dormir; el médico no me puede hacer dormir, tampoco.

MARCOS.—(Mirando los montes lejanos, donde los pinares son ya una mancha negra.) Yo no quisiera morirme aquí. ¿No tenéis vosotras miedo de que nos coja la muerte entre estas paredes?... Debieran dejarnos marchar. Yo querría volver á Compostela. Sé de muchos pajaros,

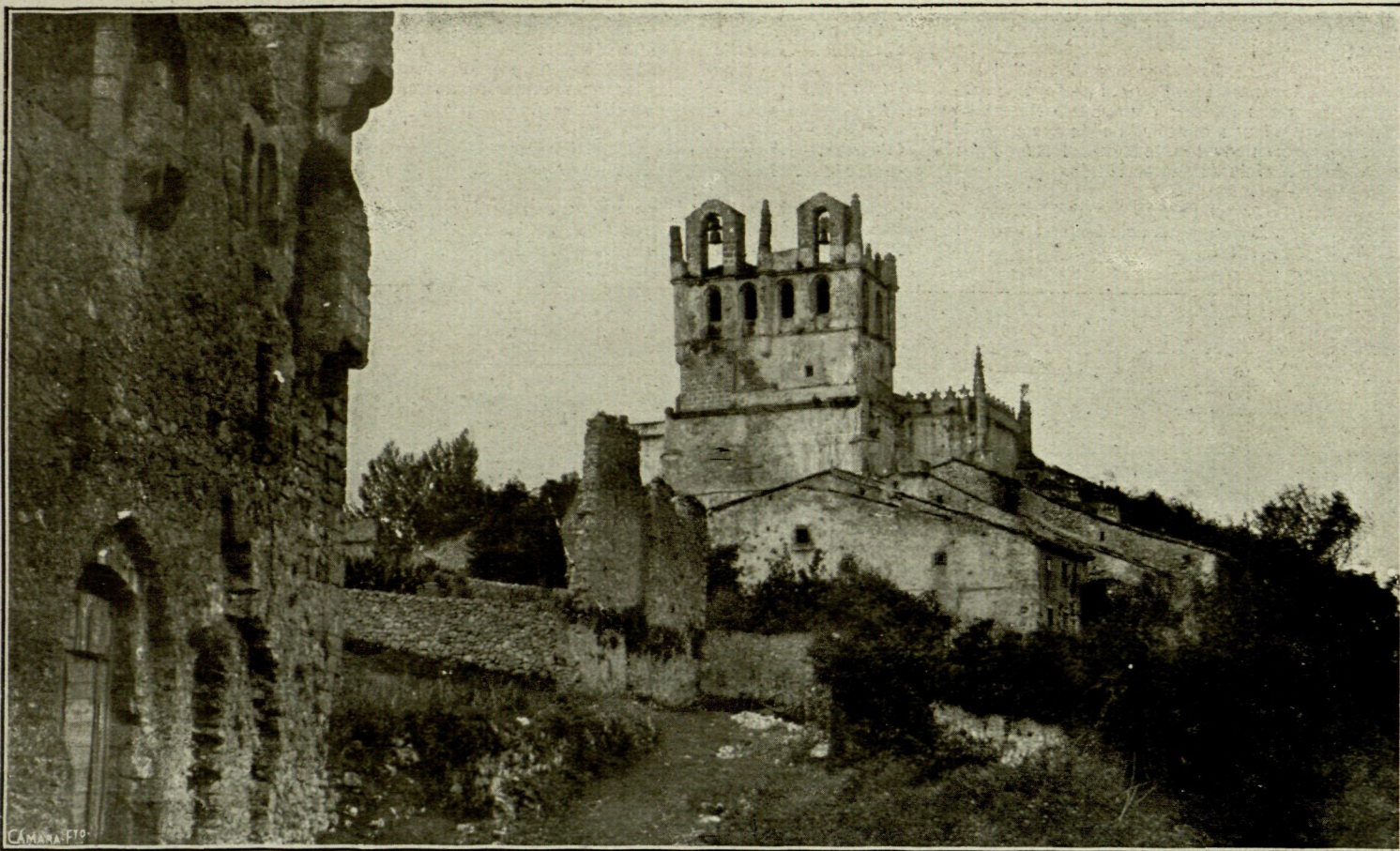
cielo, aún luminoso, una suave melancolía; las hojas de los eucaliptos tiemblan, bajo la brisa del mar, como arandelas de una lámpara. El esquilón de la capilla toca, de pronto, con un tañido agudo y triste como voz de mujer; huyen entonces unos pájaros que volaban sobre el remate de la cruz. La monja ha cerrado su libro y avanza desde el fondo del huerto. Algunos ancianos agrupáronse ya ante la puerta que se abre sobre la negrura del corredor; y en la negrura, las tocas de la monja se van oscureciendo y se pierden. Detrás, en una callada procesión, entran los viejos. Las sombras los tragan. La arena chirría bajo las piernas de la anciana

de la mujer, y la almohada roja se alza entre las manos mutiladas que la arrebatan. Después, y en sigilo, Marcos va á la puertecilla del jardín. Tarda tiempo en hacer entrar la llave herrumbrosa que sacó de bajo el chaleco amarillo. Se abre la puerta al fin. Se ve por ella, más allá del camino, un trozo luminoso del mar. El anciano huye con su presa.

Un murciélago ensaya su primer vuelo nocturno sobre el jardín silencioso, é inmóvil.

WENCESLAO FERNÁNDEZ-FLORES

DIBUJOS DE RAMOS



Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, en San Vicente de la Barquera, actualmente en ruinas

FOT. DUCMARCO

POR LA ESPAÑA HISTÓRICA

SAN VICENTE DE LA BARQUERA

El pintoresco pueblecillo denominado San Vicente de la Barquera, donde hizo su desembarco el Emperador Carlos V al venir á posesionarse del trono de España, según afirman algunos autores, aunque otros que de la villa trataron extensamente no hacen la más ligera alusión á este hecho, es uno de los más bellos de la provincia de Santander, donde tanto abundan los sugestivos paisajes montañosos, los sublimes panoramas marítimos y las incomparables combinaciones que forja la Naturaleza para encanto de nuestros ojos.

Algunas de las viejas edificaciones que aún existen en las alturas de la población, como la iglesia y el castillo, el Hospital y el Museo, los palacios en ruinas y las señoriales viviendas, traen á la memoria episodios que hablan de poderío y de grandeza, de poesía y de heroísmo, como sucede con otras muchas aldeas de la Montaña, que en los ruinosos muros de sus mansiones solariegas, en las almenadas torres de sus castillos que aún destacan sus negros y carcomidos dientes del azul del cielo, en lo alto de las escarpadas rocas, rememoran en la mente del viajero rancias, misteriosas y crueles leyendas de feudalismo.

En torno de la iglesia de Santa María de los Angeles, erguida en lo más alto de un promontorio, en que también se asentaba la fortaleza y las ya citadas edificaciones, encuéntrase la antigua población, donde abundan las viviendas del señorío, los palacios, en ruinas, de una nobleza que desapareció, y en el llano que se extiende hacia el mar agrúpanse las casas de los pescadores en barriada extensa, á la que las necesidades de una vida más práctica han ido imprimiendo un carácter más suntuoso y de más rica solidez del que ofrecían

las primitivas construcciones. El estilo de los siglos medios que campea en la arquitectura, aun en la de los modernos edificios, proporciona al conjunto un agradable aspecto de antigüedad, que armoniza perfectamente con el carácter de aquellas otras señoriales mansiones que aún existen en la parte alta de la villa. Las arcadas y los contrafuertes de muchas de estas casas, y los recios postes de sillería que han substituído á los toscos puntales, parecen inspirados en el mismo estilo románico que con aspecto de mayor pureza perpetúan los ruinosos edificios de la nobleza, agrupados en torno del castillo y del viejo templo, cuya construcción data del siglo xiii, y entre cuyos muros ennegrecidos y agrietados consérvanse aún restos de la riqueza

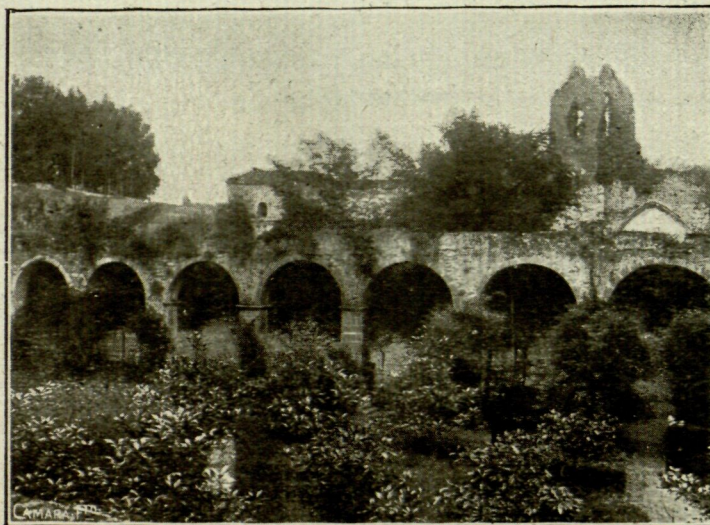
artística que encerraron, como los severos sepulcros del inquisidor Corro y sus padres, cuyas estatuas yacentes, especialmente la del primero, pueden considerarse como de las más bellas obras escultóricas del Renacimiento.

Las ruinas del castillo, que en edades remotas fué baluarte de defensa contra las tropelías de los piratas, no sirven en la actualidad para otra cosa que para contemplar desde la altura el bello panorama que se extiende á su alrededor.

Lo mismo que desde la iglesia, situada en el propio recinto que un día cerró el muro almenado, como torre del homenaje dispuesta para resistir en el trance supremo el audaz ataque del enemigo, divísanse desde aquella altura en que se levantan los recios muros de la fortaleza la

dilatada y movable mancha azul del mar, cuya línea del horizonte borra la bruma, las verdes praderas de una feraz campiña, en cuyas altitudes crecen profusamente los manzanos, la mansa superficie de la ría, sobre cuyos dos amplios cauces elevanse dos viejos puentes, y al fondo la crestería de los Picos de Europa, dominados por la maciza mole del Naranjo de Bulnes, y que unas veces recortan en la transparencia del cielo sus dentadas cimas de bronceos tonos, y otras se pierden en la fantástica calbata de nubes blancas ó plumizas que parecen rasgarse en caprichosos giros al contacto con los picos de las montañas.

En muy remotos tiempos fué grande la importancia marítima de San Vicente. Los barcos de pesca no solamente navegaban por el Cantábrico, sino que iban también en busca de la riqueza que prodigan las olas á los mares lejanos, y los navíos de transporte que facilitaban nuestro comercio con América eran numerosos. En las expediciones organizadas



Ruinas del convento fundado por San Francisco

FOT. ARAUNA



Sepulcro del inquisidor Corro

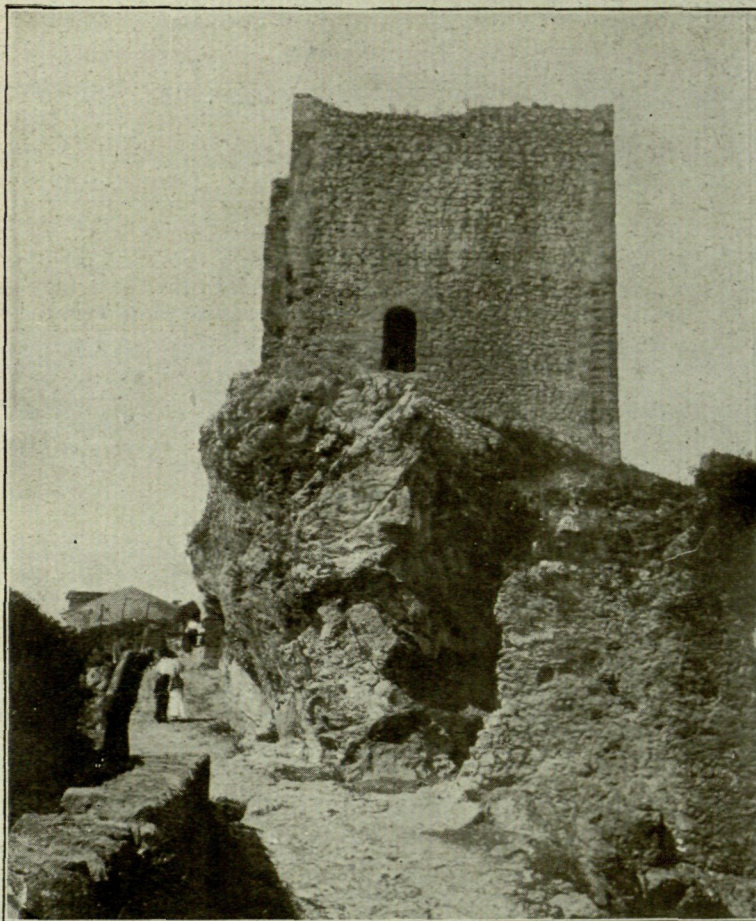


Sepulcro de los padres de Corro

en busca de nuevos continentes, en aquellos días remotos en que las brillantes conquistas de ignoradas tierras ensancharon considerablemente los dominios de España, estimulando los audaces impulsos de los navegantes, fueron muchos los buques de San Vicente que formaron parte de las flotas exploradoras, y aun como unidades de guerra, para escoltar á los grandes barcos de los puertos vecinos que iban á los puertos de Irlanda y á las costas de Andalucía, fueron utilizados algunos navíos de la villa cantábrica, que con este objeto se dispuso que fueran armados en 1550.

Los bravos marinos de San Vicente figuran asimismo en algunos bélicos episodios que ha perpetuado la Historia. Cuéntase, entre los hechos más brillantes de que la villa puede enorgullecerse, la toma de Sevilla, á cuya audaz empresa contribuyeron las embarcaciones de este puerto, tripuladas por hombres de la Barquera, Laredo, Santander y Castro. En memoria de la hazaña concedióse á San Vicente el privilegio de poner en su escudo un navío á toda vela rompiendo una cadena, puesto que de este modo y con tan feliz resultado destruyó el puente de barcas que había en el Guadalquivir.

En tiempos de Felipe II, cuando se perdió la escuadra española en el Canal de la Mancha, pereció mucha gente de la dotación de los buques de transporte que procedentes de esta villa figuraban en la expedición, y en algunos hechos memorables acaeci-



Ruinas del castillo de San Vicente de la Barquera

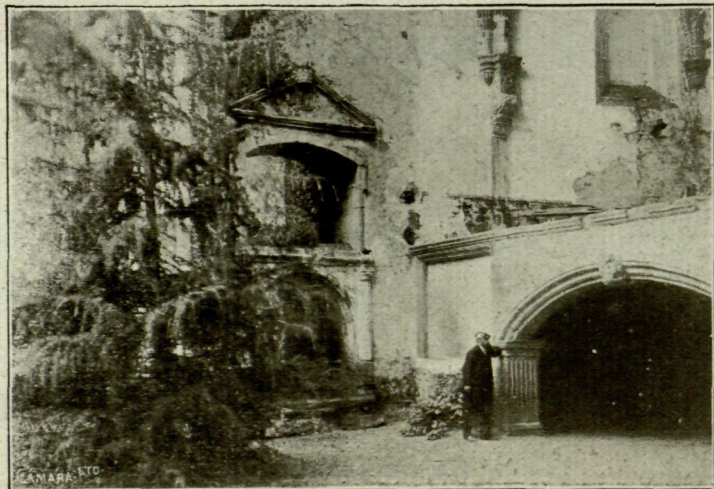
dos posteriormente tomaron parte activa las huestes marineras de San Vicente.

La falta de comunicación directa con Castilla, que otras poblaciones de la costa pudieron establecer, contribuyó á disminuir de día en día el tráfico de este puerto y á limitar el desarrollo de su población, y no dejó de ser causa primordial de la decadencia de San Vicente el formidable incendio que redujo á escombros muchas viviendas en 1485, obligando á numerosas familias á huir de su recinto para establecerse más lejos, donde hoy se levanta el pueblo de Comillas, cuya fundación se debe á este sensible hecho.

Posteriormente una nueva catástrofe de la propia índole, que destruyó cerca de quinientas casas, vino á aumentar la despoblación de San Vicente, determinando el rápido crecimiento de las aldeas cercanas como lógica é inmediata consecuencia.

A estas fatales circunstancias hay que atribuir el hecho lamentable de que en el transcurso de los años haya ido perdiendo la pintoresca villa de San Vicente de la Barquera la importancia marítima que tuvo, ya que otras poblaciones vecinas, aprovechándose de los tristes sucesos que determinaron su empobrecimiento y que tan tenazmente la atribularon, pudieron obtener á su costa un desarrollo y una prosperidad que de otra suerte hubieran sido mucho más difícil adquirir.

JUAN BALAGUER



Ruinas del histórico convento de San Francisco

FOTS. ARAUNA

LOS GUARDIANES DE LAS COSTAS BRITÁNICAS



Uno de los "destroyers" ingleses encargados de la vigilancia de las aguas jurisdiccionales inglesas, comunicando con un barco portaminas en el canal de Irlanda

Dibujo de Davis

AUTORES CÉLEBRES
JOSÉ ZORRILLA

De éstos entran pocos en libra, como se dice de los peces gordos. Trátase de una de las más grandes figuras literarias, acaso la primera, del siglo XIX. Como poeta lírico creó sinceramente que no tiene rival en España ni en el extranjero, y como autor dramático puede hombrarse dignamente con los más notables de Europa.

Nació D. José Zorrilla en Valladolid el 21 de Febrero de 1817. Su padre, D. José, fué alcalde de casa y corte en Madrid, en tiempo de Calomarde; magistrado después, «hombre de carácter entero, de genio adusto, de principios autoritarios, recto y probo, mal avenido con todo movimiento reformador del Gobierno ni de las costumbres», su rigidez y su intransigencia, virtudes de tal época, respetables para todos y más para su hijo, decidieron al fin de su porvenir y de su vida.

Por la primera educación que recibió y por el ascendiente que sobre él ejerció el autor de sus días, Zorrilla ha sido el poeta de la tradición, español chapado á la antigua, fanático y supersticioso, reaccionario á machamartillo y con una idea exagerada del principio de autoridad.

En 1827 los padres de Zorrilla vinieron á Madrid, y Pepito, que á la sazón contaba diez años, ingresó en el Real Seminario de Nobles, no sin hacer previamente información de nobleza. Allí recibió la educación superficial é inútil que se daba á los aristócratas de aquel tiempo, y que casi se reducía á dibujar, montar á caballo y tirar las armas. Ya en el colegio escribía versos que eran muy celebrados; á escondidas leía con deleite á Walter Scott y á Chateaubriand, y declamaba admirablemente algunas comedias de Lope y de Calderón en el teatro donde se verificaban los exámenes. Allí nació, sin duda, su afición á la literatura dramática.

Cinco años permaneció en el Seminario de Nobles, y algo más tarde, muerto ya Fernando VII y encendida la guerra civil, fué á estudiar leyes á la Universidad de Toledo. A su estancia en la antigua ciudad imperial se debe su decidida afición á las leyendas y también se nota en sus primeras poesías la influencia de aquel ambiente. Cuando no escribía, pasaba el tiempo leyendo á los poetas de su predilección. He aquí lo que á este propósito dice uno de sus biógrafos:

«Zorrilla no podía ser jurista, probablemente no pasaría de ser un pobre diablo ó un loco. El mismo renunció á los estudios y se negó á los exámenes. Le encajaron, pues, en una galera de retorno para Lerma (donde residía su padre), y á cargo del mayoral; pero él, sin ser visto, montó sobre una yegua que pastaba suelta en el campo; llegó á Valladolid, vendió la yegua, tomó pasaje para Madrid en una galera y tres días después entraba en la corte. Había roto con el pasado, con la autoridad paternal y con su conciencia; estaba, pues, huérfano y pobre.»

Desde su llegada á Madrid hasta poco después de darse á conocer, pasó muchos apuros y trabajos y hasta algunos días sin comer. Por cierto que se dió á conocer de una manera extraña y un tanto macabra: al borde de una sepultura.

Verificábase el entierro de Figaro (Mariano José de Larra) en el cementerio de la Puerta de Fuencarral; el Sr. Roca de Togores, luego marqués de Molins, pronunció ante el ataúd una oración fúnebre, y «cuando iba el cortejo á dispensarse, un incidente inopinado le detuvo. Un joven desconocido, pálido, trémulo, de armoniosa voz, de mirada sublime, recitaba unos versos, y en ellos se difundían por aquel triste recinto la duda, el desconsuelo, la desesperación de Larra».

Aquel joven era Zorrilla, que desde aquel día fué conocido y apreciado como poeta de altos vuelos, trabando conocimiento con Espronceda, Ventura de la Vega, García Gutiérrez,

Bretón y otros ilustres poetas y eminentes escritores de aquella época. Acerca de su modo de darse á conocer, muchos años después escribió Zorrilla lo siguiente:

«Broté como una hierba corrompida al borde de la tumba de un malvado, y mi primer cantar fué á un suicida. ¡Agüero fué, por Dios, bien desdichado!»

Como atinadamente ha dicho el biógrafo antes aludido, Zorrilla «no fué, como se ha dicho repetidas veces, el poeta de la religión, sino el de las supersticiones». Exactísimo, y ahí están para justificar este aserto sus leyendas. *Para verdades el tiempo, Buen juez mejor testigo, Recuerdos de Valladolid, Las dos Rosas, El Capitán Montoya, Justicias del Rey Don Pedro, Margarita la Tornera* y otras muchas del mismo género cuya enumeración fuera prolija.

Si como poeta lírico puede asegurarse, sin pecar de exageración, que fué el más grande de su siglo, como queda dicho, como poeta dramático está á la altura de los primeros de todos los tiempos. Su afición al teatro nació en el Colegio de Nobles, donde representaba obras de Lope y de Calderón. Su primera obra dramática, *Juan Dáncolo*, la escribió en colaboración con García Gutiérrez, que ya era el aplaudido autor de *El Trovador*. Contaba entonces Zorrilla veinticuatro años.

El éxito de su primera producción que fué brillante, le animó á seguir escribiendo para el teatro, al que dió, por orden cronológico, las obras siguientes:

Cada cual con su razón, Aventuras de una noche, El zapatero y el Rey (primera y segunda parte), *El eco del torrente, Los dos virreyes, El molino de Guadalupe, Un año y un día*, y otras muchas, cerrando la que puede llamarse su primera época de autor dramático con *Don Juan Tenorio*, estrenado en el teatro de la Cruz en los primeros días de Abril de 1844.

El *Tenorio* se ha discutido mucho; su primer detractor fué el propio Zorrilla: muchas veces le oí decir que era una obra disparatada y que se arrepentía de haberla escrito, no obstante su

gran éxito y el dineral que producía. Algún malicioso sospechaba que Zorrilla abominaba de su obra porque no era para él el dinero que producía: él vendió la propiedad por una cantidad insignificante. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque no gustó ni, por el pronto, quedó de repertorio. *El Laberinto*, importante revista quincenal de aquella época, en su número del 16 de Abril de 1844, hablando del estreno de *Don Juan Tenorio*, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«No atinamos qué objeto se había propuesto el Sr. Zorrilla al elegir un asunto tratado por otras plumas con vario suceso. El personaje de *El burlador de Sevilla*, á semejanza del héroe manchego, ha venido ya á retratarse de tal manera en la mente del público, es un carácter tan extraordinario y excepcional, que se corre gran riesgo en tratar de alterarla lo más mínimo, aun cuando sea con el necesario acierto.»

A *El Laberinto* le parece mal que se califique de religioso ese drama, censura el empleo de los *ovillejos* y elogia la labor de D. Carlos Latorre en el protagonista. Como ha visto el lector, el drama fué recibido con frialdad. Alcanzó pocas representaciones y cayó en el olvido. Así se explica que su autor lo vendiese por poco dinero.

Después escribió *Traidor, inconfeso y mártir, El Encapuchado* y algunas otras. Aunque *Traidor, inconfeso y mártir* no se ha hecho tanto como el *Tenorio*, ni siquiera como la segunda parte de *El zapatero y el Rey*, está calificada como la mejor obra de Zorrilla, y es, en efecto, su obra maestra. Si no se representa tanto como los dos dramas citados, es, sin duda, por la dificultad que ofrece la interpretación del protagonista. Primero Pedro Delgado y después Antonio Vico han dado grandísimo relieve á ese enigmático personaje.

Espíritu audaz y aventurero, Zorrilla estuvo dos veces en América, recorriéndola á la manera que andaban por el mundo los antiguos trovadores, y fué algún tiempo poeta y lector de cámara del desgraciado Emperador Maximiliano. Al surgir la catástrofe de Querétaro regresó á España.

Fuó coronado en Granada como Rey de la Poesía, fué académico de la Española y objeto de las más grandes y señaladas distinciones, todo ello muy merecidamente.

Conoció á Zorrilla en casa del sabio médico D. Manuel Ortega Morejón, donde nos reuníamos los domingos, á almorzar, unos cuantos amigos de D. Manuel y de sus hijos Pepe y Luis. El inmortal poeta era frecuentemente de la partida; llamaba á Pepe Morejón (actual presidente de la Audiencia) su nieto en Apolo, y nos deleitaba recitando de modo inimitable sus propias poesías. Aunque alardeaba de modesto, pude observar que tenía una soberbia satánica: no lo digo en son de censura: tenía derecho á ser soberbio...

Murió Zorrilla á las tres de la madrugada del 25 de Enero de 1895, día de San Ildefonso. Por cierto que las salvas que se hicieron por ser el santo del Rey (entonces niño), creyeron algunos que eran salvas de honor por el Rey de la Poesía, que acaba de expirar... Dicen que sus últimas palabras fueron éstas:

—¡Cuánto he dormido! ¡Cuánto he escrito!...

Efectivamente, escribió mucho; mas como la calidad era aún superior á la cantidad, sabe á poco su copiosa labor y es de lamentar que no escribiese mucho más.

No tengo la pretensión de haber hecho la semblanza de Zorrilla: para ello necesitaría escribir un abultado volumen: apenas si he trazado aquí su silueta. La verdadera semblanza de este genio de la Poesía está en el amor del pueblo á sus obras inmortales.



DON JOSÉ ZORRILLA

FRANCISCO FLORES GARCÍA

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



FRAGMENTO DE LAS MAGNÍFICAS TALLAS DEL CORO DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

Biblioteca de Comunicación
Hemeroteca General
FOT. CASTELLA

En el centro de la maravillosa Mezquita cordobesa puso su sello el arte cristiano, construyendo la capilla mayor, el crucero y el coro, obras muy bellas, aunque su hermosura se halle eclipsada por la que ostenta la parte árabe. En el coro destácase, por su extraordinario mérito, la sillería, obra admirable de talla, debida al duque Cornejo, construída en madera de caoba en el primer tercio del s'g'o XVIII, y que, aunque de gusto algo recargado, puede ser considerada como uno de los mejores trabajos del insigne artista sevillano



LOS POEMAS DEL GIRASOL

LA DANZA DE LAS HORAS

CLAUDIO Monet, pintor de Francia, colocóse rodeado de lienzos frente á la catedral de Rouen, y fué fijando en cada uno de ellos, en horas sucesivas, el mismo espectáculo, constantemente renovado por sólo el prodigio de la luz, cambiante, sobre las piedras viejas.

Así también quiero deciros yo mis entusiasmos ante el espectáculo de la vida, siempre la misma, y siempre renovada, hasta el milagro, sólo por el girar del sol que la corteja.

La primavera trae violetas y trae olor de narcisos; tiene el estío noches religiosas y crepúsculos lentos; el invierno, amor de intimidad, junto al hogar; magnificencia de oro antiguo, el otoño.

Pasó ante mí la primavera, coronada la frente de jazmines, cargada de celindas; y bendije la vida viendo el azul de sus ojos de cielo, limpio y puro, viendo el cielo del color de sus ojos. Porque me amó y la amé.

Yo he visto en el estío el milagro del girasol, flor de voluntad viva que va siguiendo al sol para ofrecerle su floración pomposa. Y fué la vida para mí como aldeana exuberante, de labios gordos, rojos, de piel tostada y pelo como guedeja de panocha. Pasiéga, cuando me estrechó entre sus brazos de trabajadora fornida sentí tonificarme á su caricia, sana, sencilla y fuerte, como el pan que sabe á la harina, como el agua del deshielo que sabe á monte. Porque me amó y la amé.

Vi al viejo invierno con su manto de armiño y niño me sentí, como en presencia de un abuelo que me refriese cuentos de antaño. Al ver los

montes blancos, el cielo gris y, en el crepúsculo invernal, las ramas secas de los árboles, supe cómo en la vida podían encontrarse, por doquiera, las estampas maravillosas de Noel que encantaron mi infancia.

Y amé la vida del invierno.

Y se me apareció el otoño, en su opulencia soberana, digno remate de una existencia noble que devolviera en flor y en fruto cuanto cogió á la vida.

¡El cielo me premió con este don divino de mis sentidos lúcidos! ¡Han girado las horas para mí! Vinieron y van tiempos; y el encanto incesante de la vida, desplégase y desfila ante los ojos del espíritu atónito.

¡Cada momento trae su flor!

Las horas danzaron frente á mí, en corro leve y rítmico de musas ó de astros.

... Y he visto... ¡Sí... también! He visto en todo tiempo desarrapados míseros acechando con disimulo astuto, en los jardines, para robar magnolias, para herir ruiseñores. He visto mujeres perfumadas cambiar el pan por joyas para que nosotros, contentos con su aspecto gentil, seamos, en amor, generosos... He visto almas cizaña, almas erial; he sido ungido por la felicidad de escuchar la voz de almas inmensas y por el dolor de ver que pasaba esa voz sobre la humanidad como el viento en los arenales...

Hoy vi, sin ir más lejos, entre la vida vulgar, en una calle de gran tráfico, una anciana, colgándole del cuello una tabla-mostrador con baratijas: botones, pasadores, sortijas, gomas, lá-

pices, llaveros... Pegada á la pared, para no interrumpir la circulación, lloraba sin gemidos, sin convulsiones, sin quejarse...

¿Por miseria? ¿Por ultrajes? ¿Por cansancio de tanta amargura á la vejez? ¿Por senilidad?...

Un transeunte comentando «¡claro, no venderá nada!», hizo notar la triste irrisión del caso aquel que suponía en la cuitada algún dinero, empleado, como última esperanza, en una mercancía miserable, ineficaz para atraer todos los parroquianos necesarios para reunirle, á céntimo de ganancia en cada compra, los suficientes con que sustentar su vejez.

¿Era esta la explicación del llanto?

No pude averiguarlo porque llevaba prisa; los centenares de personas que, como yo, pasaban entonces por la calle, también llevaban prisa.

Y allí quedó la vieja derramando lágrimas sobre su tesoro lastimoso.

El cielo era magnífico; espléndida, la tarde, y la belleza, eterna.

¡Giran las horas sin cesar! Cada momento trae su flor...

Y así, todos los días, una anciana llora ante la humanidad que tiene prisa; florece bajo un cielo magnífico un prodigio distinto en cada hora, y un espectador monstruoso—yo—canta, embriagado por el entusiasmo y el dolor, la grandeza inmortal de esta inmensa tragedia que es la vida.

MANUEL ABRIL

DIBUJO DE ECHEA

FÁBULAS ILUSTRADAS



Una escena de la fábula "El leñador y la muerte", ilustrada por el insigne dibujante catalán Apeles Mestres

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca Central



NUESTRAS VISITAS

APELES MESTRES

OIGA: al Pasaje de Permanyer, catorce.
Pepe Campúa, al oírme pronunciar el nombre de la calle con tan exquisita propiedad, me miró con asombro; después comentó:
—Chico, chico; estás hecho un catalán.

—Así, así—repuse yo siguiendo la broma.
Ibamos un poco adormilados. Eran las nueve de la mañana y habíamos trasnochado algo en la agradable compañía de Casas Abarca y de Anglada, oyendo cantar flamenco en la «Buena Sombra» á Pilar García.

El *auto* rodaba raudamente por el Paseo de Gracia, de Barcelona, tan populoso y al mismo tiempo tan aristocrático. Nos daba la sensación de ir por el Recoletos de Madrid.

Llegamos á una calle estrechita. Apenas podía pasar el coche por entre las filas de coquetones

hotelitos. Al fin se detuvo ante uno que parecía una enorme cestita de flores. Llamamos. Un perrillo pequeño é inquieto salió á nuestro encuentro, ladrándonos furiosamente, y pronto, al vernos ya dentro del hotel, su mal humor se tornó en zalemas, jopeos y protestas de amistad.

—Suban ustedes á la azotea... El señor está con las flores...—nos dijo la doncella.

Y nosotros avanzamos por una escalerilla estrecha hasta que el sol nos deslumbró y nos encontramos en un verdadero vergel. El insigne maestro, que con una tijera desbrozaba un geráneo, al vernos llegar vino á nuestro encuentro.

—¡Queridos amigos!... Perdonen ustedes que aquí los reciba; pero de siete á diez este es mi despacho—explicó.

—Magnífico—repuse—. Mucha luz; mucha be-

lleza; mucha higiene. Y qué, ¿es que aquí escribe usted?

—¡Oh, no señor!—protestó Apelles Mestres riendo mi inocencia—. Es que de siete á diez dedico toda mi energía y toda mi inteligencia á las plantas... Vamos, hago de jardinero. Porque el jardín constituye para mí una necesidad; aquí me paso las horas como un maestro entre sus discípulos, como un padre entre sus hijos... Atiendo y cuido al rosal que se entristece ó á la camelia que se marchita. Yo he llevado á cabo experiencias que no creo que ningún naturalista haya hecho... En plantas he conseguido ejemplares portentosos... Mi especialidad es la hortensia, y lo puedo decir porque lo pregonan todos los jardineros de Barcelona: no hay nadie, ¡así!, nadie que la cultive como yo. Claro que

esto supone sacrificio: venir de noche en invierno á la una y jamás acostarme sin subir á regar mis plantas y otras atenciones por el estilo; pero, ¡créame usted!, la planta es tan dócil, tan obediente, tan agradecida además de tan bonita, que da gusto entregarse á ella. Pero... sentémonos. Mestres me indicó un banco rústico de madera verde. Allí nos acomodamos los dos mientras Campúa hacía fotografías.

Apeles Mesires, el exquisito poeta, el notabilísimo dibujante, es alto y delgado. Sus ojos, como los del glorioso Guimerá, están ya cansados de trabajar. Su barba, larga, se abre en su menton cual dos conchas grises ya casi blancas. Tiene la tez pálida y rugosa por el sufrimiento y por los años. En su cabeza apenas queda una franciscana corona de cabellos plateados. En el trato es de una corrección exquisita, advirtiéndose á las primeras palabras que se cruzan con él, que posee una vastísima cultura y un ingenio muy fértil y muy rápido.

La azotea, *revestida* de flores por todas partes, bien pudiera ser andaluza ó valenciana. Y en aquel día primaveral, bajo un cielo de transparencias mañaneras, aromados con el penetrante perfume de tantas flores y acariciados por la brisa del mar, sentíamos allí una delicia infinita: algo así como si nos hallásemos más sanos de inteligencia y de cuerpo.

Yo rompí el encanto en que parecíamos mudos. —Cualquiera que entre en este jardín advertirá al momento que lo cuida un artista, maestro —le dije.

—Eso, sí; artista soy hasta los tuétanos, porque yo toda la vida me la he pasado haciendo dibujos, literatura y música, y cómo aquí es tan ingrata la humanidad, un poco desengañado he querido extender mi arte á las plantas, porque ellas agradecen todo lo que se haga en su favor.

—¿Qué le ha producido á usted más: la literatura ó el dibujo?...

—¡Oh! ¡El dibujo!... La literatura no deja un real.

—Habrà usted dibujado más.
—El mismo tiempo he destinado toda mi vida á una cosa que á otra. Yo he tenido que abandonar el dibujo, porque una mañana, de pronto, estando trabajando, me quedé casi ciego.

—¿Cómo fué eso?... —inquirí.
—No sé: dicen que fué debido á una hemorragia interna...

—¿Y escribir?

—Sí, escribir puedo; mal, pero puedo. Cuando perdí la vista llevaba publicados cuarenta mil dibujos!...

—¿Todos en España?...

—Entre Barcelona y el extranjero. Yo he estado malo; me he estado muriendo y, sin embargo, no creo que haya pasado ningún día de mi vida sin escribir y sin pintar... El dibujo lo he hecho para vivir y la literatura por necesidad...

—¿Cómo por necesidad?...

—Sí, señor; porque para mí escribir es tan necesario como para otros escupir: es una secreción de mi espíritu.

—¿A qué edad empezó usted á dibujar?...

—¡Caray!... Si yo creo que nací dibujando... Recuerdo que mi pobre padre, que era arquitecto de la catedral aquí en Barcelona, decía, juzgando por mi afición á los monos, que sería un pintor de santos y de historia, y en efecto, lo fui de demonios.

Reímos. El prosiguió.

—En cuanto á escribir, lo recuerdo muy bien. A los siete años hice un drama en verso en una libretita minúscula.

—¿Y dónde empezó usted á publicar dibujos?

—En *La Campana de Gracia* el año 75. Me los pagaban á veinte ó treinta reales; ahora, últimamente, á quince ó veinte duros.

—¿Y en literatura?...

—Los *idilios* fué la primer obra seria que escribí. Este poema alcanzó gran éxito.

—¿Cómo hablando tan correctamente el castellano no hace usted también poesía en nuestra lengua?...

—¡Bien quisiera! ¡Pero es tan difícil hacer estrofas en la lengua que no va dentro de uno!...

—Yo he leído sus *Poemas de mar* y me encantaban.

—Ese es el éxito poético más grande que he tenido.

—¿Y en teatro?...

—De los cuarenta y tantos actos que tengo estrenados, creo que *La sirena* es la obra que más ha gustado al público.

—¿Y á usted?...

Dudó. Al fin repuso:

—Yo tengo que decir que no estoy de acuerdo con el público ni con la Prensa. A mí la obra que me gusta más de las mías es *El veranillo de San Martín*. Usted no la conocerá seguramente, porque ocurre con mi labor una cosa que es bien triste, si á mí me entristecieran estas

pequeñas bagatelas. Y es que mi labor literaria y teatral es más conocida en el extranjero que en España, porque de mi repertorio hay muy pocas obras traducidas al castellano y en cambio muchas á otros diversos idiomas de fuera de casa.

Meditamos un momento sobre esto. ¿Quién tenía la culpa de tal absurdo? Había que pensarlo. Continuamos:

—¿Qué edad tiene usted, maestro?

—Sesenta y ocho años... Y me levanto á las seis de la mañana, lo mismo en invierno que en verano, y en seguida, me encuentre bien ó mal, me doy un baño de agua fría. Esto lo vengo haciendo desde hace veintiocho años, y yo creo que si se ha rectificado mi salud, antes demasiado endeble, ha sido merced á este tratamiento.

—Casas me ha dicho que hace algún tiempo estuvo usted sin salir á la calle durante quince años.

—En efecto. Verá usted: tuve una neurastenia horrible, acompañada de pseudo-angina de pecho. Tal era mi estado, que yo hace mucho tiempo no debía vivir...; pero vivo porque tengo una gran fuerza de voluntad y supe imponerme á mi naturaleza. Usted lo sabe. El neurasténico que se abandona, que se cruza de brazos, está perdido; es un despojo. Recuerdo que todos me recomendaban que no trabajase, y yo jamás dejé el trabajo.

—¿Y por qué no salía usted de casa?...

—No sé... Porque me molestaba tratar con las gentes; hasta que un día, estábamos en el terrado hablando de los automóviles, que entonces empezaban á aparecer, y mi mujer dijo: «¡Qué horror, yo no me montaría en un coche de esos». «Pues yo sí» —comenté—. Entonces, Ramón Casas me dijo: «¿De verdad?» «De verdad» —le contesté—. «Pues mañana vengo por usted con un automóvil». «¿A qué hora?» «A las tres». Y al día siguiente, ante la expectación de mi familia y de mis amigos, pisé la calle, que casi no conocía, y tan campante subí al auto. Fuimos al Parque de Güell. Para mí, después de los quince años encerrado, era casi nueva toda la Barcelona que iba viendo. La recorrimos; volví á casa, y ya desde entonces salgo todos los días y por las noches, como antes, y estoy tan bien.

El sol, radiante y cálido, fué invadiendo el banco y tuvimos que abandonar la azotea porque hacía calor.

EL CABALLERO AUDAZ

En Barcelona.



CÁMARA F. 10

Apeles Mesires en su gabinete de trabajo

FOTS. CAMPÚA

DEL ARTE DE AMAR

De tal manera ha acertado el pintor en la expresión de su humorismo, que sería ocioso pretender explicaros lo que tan á las claras se manifiesta. Por una vez, ni el canto de los ruiseñores, ni el de las alondras, han venido á mezclarse con los arrullos de los enamorados. Un soberbio rebuzno alteró el diálogo con sus susurradas inquietudes y la noche de tanta tranquilidad.

Hemos dicho por una vez. Sin embargo, no es la primera en que el arte español utiliza los rebuznos, y, como consecuencia de tales sonoridades, la turbación de un murciano, para animar determinado pasaje de una obra artística. Si no recordamos mal, hacia la mitad, de *El sombrero de tres picos*, aquella *gouache* de D. Pedro Antonio Alarcón, suenan, no uno, sino dos rebuznos verdaderamente formidables. Y el Sr. Lucas el molinero, había nacido en Marchena, y llevaba zaragüelles, como el huertano de este dibujo que contemplamos ahora. Queda demostrada mi afirmación. Falta por averiguar una cosa; en *El sombrero de tres picos*, los rebuznos sirven al final para esclarecer la verdad: ¿el rebuzno que eternizaron los lápices de Medina Vera, resolverá también un conflicto, ó por el contrario lo provocará en esos campos donde los árabes dejaron no sólo los útiles de labranza, sino la pólvora y los celos, los celos enredados como sierpes á los granados de sangrienta floración? Por si acaso, no desdeñemos la oportunidad de escalear en cabeza ajena. Cuando alguien tropieza y se cae, no faltan quienes se rían de la pirueta, ni, por fortuna, las almas que sonríen compasivas, ni buenas gentes que acudan solícitas á levantar al desdichado que rodó por el suelo. Al contemplar el chascarrillo pintado por Medina Vera, lo más probable es que sonriáis y en seguida dobléis la hoja. Hay más, lectores míos. Estamos en los comienzos del verano, la época de refugiarse en un *château*, entre las arboledas; la época de los noviazgos, para muchos seres única distracción campestre; la época



CAMARA-FOTO

de las excursiones en borrico. Seamos prudentes y no nos limitemos á burlarnos de aquel que tuvo la desgracia de caer. Aprovechemos la lección, que tan á tiempo llega. He aquí cómo en 1915, después de siglos y siglos de literatura erótica, todavía se puede aprender algo en la materia que creíamos agotada por Ovidio, y creíamos mal; porque Ovidio no dice en ninguna parte que no se debe ir á coloquios amorosos acompañado de un asno...

Si se mira con detenimiento, no merece nuestra compasión el murciano ese, cuyo idilio ha sido pregonado por su cabalgadura. Porque el infeliz

comenzó por cometer una profanación. ¿Arribaríais á la locura de arrastrar con jumentos el *carro del sol*, el trono áureo de Apolo? Lo mismo significa sacrificar esos jumentos á Venus, la de las palomas con sus desmayos, la de las panteras en su deseo, rabiosas y febriles. El amor prefiere los caballos, y los caballos enjaezados con rumbo. Imaginaos á D. Alvaro, que en lugar de la jaca torda—la que, cual dices tú, doña Leonor, los campos borda—ofreciese para la romántica fuga, un pollino... Así fuese un pollino moruno, que parecen chicueños, ó un pollino inglés, que pasean por los parques como juguetes á los que se da cuerda hasta para rebuznar...

Las mujeres se entusiasman ante el espectáculo de la audacia y se rinden al apasionado que desprecia el peligro. Esto sí que lo ha dicho ya Publio Ovidio Nasón, y nadie y ninguna lo han desmentido jamás. ¿Cuánto mejor y sobre todo más *cyranesco* no hubiese resultado que el murciano se encaramase á la higuera y desde allí, sintiéndose en medio de las estrellas, enviase suspiros á Fuensanta, la que se recorta en el rectángulo luminoso, como una aparición celestial? De repente se oíría un crujido de las ramas, y Fuensanta había de sentir un doloroso pinchazo en el corazón.

En suma: no acudáis á cita de mujer acompañandoos de un borrico. ¿Y si no hay más remedio? Quedaos en casa. Oíd un cuento para

final: Un dómine se lamentaba de la horrible falta retórica en que incurrimos al decir *voy á América, á Asia, á Africa*, etc. ¡Qué bien suena, en cambio, aquello de *voy á Portugal, á Rusia, á Turquía, et sic de caeteris!*

—Señor maestro—replicó un discípulo ingenioso—, pero ¿y si realmente voy á América, á Asia, á Africa?

—¡Toma! Pues se larga usted sin despedirse de nadie, ó más sencillamente: ¡no se va!

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE MEDINA VERA

GLORIAS PRETÉRITAS

Burgos altiva; corazón castellano que duermes en el gran seno de la historia, bajo las losas de tu catedral labrada por artífices y coronada por el mismo Dios; ciudad en que cada piedra es el túmulo de un hecho grande y cada torre la garzota que cautiva la curiosidad y cada caserón el archivo de una gloria; sello estampado por un puño real, en el códice de la vieja Castilla; patria de Lain Calvo y de Nuño Rasura; solar que guardas entre tus muros desportillados el templo de Santa Gadea, en que el Cid Rodrigo tomó juramento á un Rey, tú eres, con Toledo y Segovia, el vivo monumento en que perduran nuestras más santas tradiciones de honor; el tiempo lamina sin cesar tus sillares, gasta tus górgolas, desfigura tus mansiones señoriales, ensancha tus calles y roba espacio al alcázar en pro de la tienda; el hombre moderno, la más ruin carcoma, roe en su provecho pórticos y zaguanes; el augusto balcón por donde ayer expiró la queja, hoy se abre á la luz, bajo una muestra que es un epitafio; el espíritu moderno da de codo á la estrechez antigua y toda tu enjundia y ser desaparecen ante el egoismo y la marcha brutal del tiempo.

De día, lamina tus sillares el sórdido trajín, pero de noche, cuando la luna te envuelve en un halo de palidez mortal, parece que resucitas y tornas á tus bellas épocas de grandeza; tus torres gigantes, simulan siniestros vigías que se alzan entre los fulgores nocturnos; las hondas rinconadas de tu vieja catedral, cobijan fantasmas y trasgos y obedeciendo al antojo de la imaginación, creyérase que á tus vetustos pórticos, llegan misteriosas apariciones con sus luengas capas, sus cascos ó birretes, sus emplumados fieltros, sus fuertes espadas y sus bélicas actitudes, en demanda del seguro sagrado; recorriendo las naves en son de penitencia, quizá de ruego, por sus sucesores que no supieron perpetuar su tradición; en esas horas de quietud en que el Burgos actual duerme, el Burgos antiguo de los condestables, de los caballeros y de los caudillos, vela, en constante inquietud, y parece que al llegar la noche, erguida junto á la fétrica callejuela, teniendo en sus muros acuchillados de luz de los lejanos resplandores, una de las torres del sagrado recinto se yergue en acecho enviando á distancia alguna sigilosa cita.

En estas ciudades históricas, parece que huelgan las exigencias de la vida práctica y sumamente positiva que nos consume. Sólo están bien á través de los profundos velos de la noche cuando la fantasía puede volar en demanda de épocas pretéritas. Son recuerdos vivos que nos punzan reprochándonos nuestra inercia, capítulos de un libro dislocado en que á veces se leen fragmentos admirables que nos sorprenden obligándonos á la meditación, impulsándonos quizá á la imitación de los grandes hechos de que nos hablan en su mudo y elocuente lenguaje. Pero, ¡bah! ¿quién se detiene en el pasado? Ante nuestros ojos se ensanchan sin cesar los horizontes de la vida; el tropel nos aturde sin dejarnos pensar; un prurito de hacer algo aunque sea inútil, nos empuja, pero hay mucho de anatema cuajado en estos monumentos altivos, que nos ven pasar ante la indiferencia de sus muros; mirándonos con sus anchas ventanas gólicas, vacías y lúgubres, como cruzándose de brazos, con el laberinto de sus arcadas; permaneciendo mudos en sus anchos postigos, bocas que se cierran durante la noche, mientras dentro gimen las almas de los grandes en penitencia, dominando siempre, reyes del caserío que se agrupa como avergonzado á sus pies. Cuando el exprés os arrastra por la ancha planicie de Castilla, nada os habla de la ciudad próxima, ni los edificios á la moderna, ni los fértiles campos, ni las quintas, ni la profusión de casas que anuncian la llegada á una gran población. Pero allí, á los dos lados de la vía, la una cerca, la otra lejana, dos enormes construcciones os indican la vieja capital castellana: ¡Las Huelgas! ¡La Catedral!



DETALLE DE LA CATEDRAL DE BURGOS.—(Acuarela de Ruiz Morales)

LAS CIUDADES RECONQUISTADAS

LEMBERG



La Gran Plaza de Lemberg



La Casa Ayuntamiento de Lemberg

Fué como el flujo y el reflujo del mar. En los primeros días la avalancha rusa, el famoso rulo del que se esperaba todo aplastamiento, llegó formidable, como llega la inundación, como llega el vendaval. Esta parte de Austria no tiene defensas naturales; en realidad, geográficamente, imaginando que fué la Naturaleza la que marcó los límites de las nacionalidades, alzando montañas é interponiendo mares entre unas y otras, desde los Cárpatos al Oriente debiera pertenecer á Rusia; es la antigua Rusia Roja de la que Lemberg fuera capital.

Así, al llegar la inundación humana, el desbordamiento ruso sobre la Galitzia, fué fácilmente ocupada toda esta región. Apenas si hubo resistencia austriaca hasta más allá, más hacia el interior, donde había una gran ciudad fortificada: Przemysl.

¿Fué estrategia de Austria ó imposibilidad de resistir en aquellos primeros momentos? No se sabe. Lo cierto es que los rusos llegaron demasiado pronto á las tremendas barreras rocosas de los Cárpatos, con sus altos picachos, sus desfiladeros, sus abismos, sus puertos cegados por la nieve, y en el intento de escalar hasta las cumbres y descender hasta los valles quedó extenuado y destrozado el ejército ruso.

Cuando comenzó á retroceder, cuando la marea se sintió impelida por la fuerza del reflujo, había dejado ya en las escabrosidades de la cordillera lo más animoso de sus fuerzas. Y ya no pudo detenerse, porque en un momento en que hubiera querido descansar hubiese sido exterminada. Así, Lemberg los vió entrar como los vió salir. Sin embargo, durante este intermedio el dolor ha recorrido estas grandes calles amplias, rectas, tan bellas, en interminables convoyes de

heridos que iban hacia arriba, hacia los hospitales de la Santa Rusia, gimiendo como mujeres, llorando como niños, dando alaridos como fieras... Por lo mismo que aquí las violencias no fueron grandes, que se ha destruído poco, hemos podido presenciar más intensamente la tragedia fiera de la guerra, y hemos visto el ejército arrollador que fué hacia los Cárpatos y hemos visto el que los Cárpatos devuelve á sus lares.

De generación en generación los habitantes de Lemberg ó de Lwowl ó de Leopold—que de los tres modos llaman á su ciudad los polacos, alemanes y rutenios que en ella viven—se habitúan á la idea de la guerra. Es una fatalidad inexorable que pesa sobre estas ciudades intermedias entre naciones que se odian y frontizas, entre razas que se abrecen. Así, éstas son como ciudades refugios donde el azar, la codicia y la pereza son las únicas fuerzas que acumu-

lan habitantes. Los que pueden huir á sitios más seguros desaparecen de aquí.

Tarde ó temprano la guerra llegará, dicen los padres á sus hijos. En cada uno de los pasados siglos la guerra llegó aquí una, dos, tres veces. Nuestra nacionalidad se truncaba, se dividía, moría, resucitaba. Así, ¿cuántas veces hemos sido polacos? ¿Cuántas rusos? ¿Cuántas austriacos? No llevan esa cuenta los judíos que pueblan la ciudad; no la llevan los rumanos, los rusos, los búlgaros, los serbios, los montenegrinos que aquí se refugian ocultando las fechorías que hicieran en sus tierras natales. Convivimos los católicos romanos, los armenios, los cismáticos griegos, los protestantes y los judíos y musulmanes, sin luchas, pero cada cual en una verdadera exaltación de sus creencias. Nuestro arzobispo romano, nuestro arzobispo griego y nuestro arzobispo armenio cuidan sus rebaños con un absoluto respeto á la creencia ajena. No sentimos apenas la nacionalidad y esperamos cada día la guerra por la nacionalidad. Nos hemos refugiado en el santuario espiritual de la religión y no concebimos ni comprendemos las contiendas religiosas. Nuestra fe es tal, que sabemos que Dios nos escucha á todos en nuestras catorce iglesias romanas, dos sinagogas, un templo armenio, uno cismático y un oratorio protestante. El está en todas partes y no escucha las palabras vanas, sino que indaga en los corazones.

Y esta libertad confesional existe bajo el imperio de Austria, á la que cien veces hemos visto acusada de teocrática y reaccionaria! Después de la fe, nosotros nos sentimos más fiebre que la de los negocios. Es el contagio hebraico. Esta ciudad, que según hemos leído también en periódicos de por ahí carece de situación estratégica,

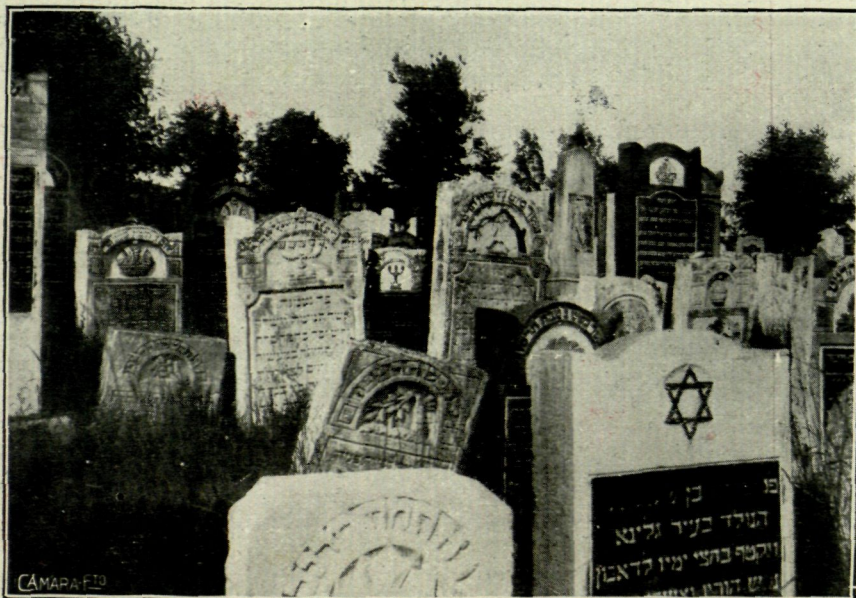
es un centro donde se unen los ferrocarriles de Cracovia, Kief, Odessa y Pesth. Si eso, para el comercio y para la guerra, no es una suprema situación estratégica, no acertamos á creer que pueda haberla mejor. Así, Lemberg es el gran depósito de mercancías que vienen de Asia á través del mar Negro y que han de internarse en los mercados de Austria y de Alemania. En pocas ciudades del mundo se concentrarán tantas primeras materias como en Lemberg. Mientras ha estado en poder de los rusos, los fabricantes alemanes y austriacos se sentían temerosos. Era la puerta cerrada. Podría llegar un momento que faltasen las lanas, las sedas, las tierras fungibles, los minerales, las hierbas misteriosas de donde la química germana extrae infinidad de productos. Pero ahora, reconquistada Lemberg, se restablecerá la normalidad. Las mercancías volverán á afluir, aunque la guerra siga, aunque Rusia lo prohíba. No olviden los occidentales que estas tierras rusas y polacas y rumanas están llenas de hebreos, que no pueden tener las manos quietas, que necesitan entretener su actividad haciendo negocios, tocando dineros, legalmente ó ilegalmente, con riesgo ó sin él, aunque haya peligro de la vida... Todo ello no hará más que incitarles á aumentar su ganancia.

Pasó la guerra; el frente de batalla se aleja de la ciudad; las autoridades austriacas que desaparecieron ante la invasión han vuelto á ocupar sus puestos y se dedican á reparar los daños habidos. Las dos escuelas de ingenieros, la politécnica y la forestal, han vuelto á abrir sus aulas. En la Universidad se congrega de nuevo la mocedad que no ha ido voluntaria á la línea de batalla. Los ciudadanos ricos, las familias burguesas que pudieron huir ante la avalancha

rusa, regresan á sus hogares. Algunos de ellos han sido saqueados, pero, en verdad, los daños han sido pequeños... Las bodegas han pagado todas las iras. Las calles hermosas de Lemberg recobran su animación y su alegría de siempre. Acaso hay más júbilo. Nos damos cuenta de que la ciudad querida ha corrido riesgos muy graves. Nuestro júbilo infantil se desborda en carcajadas, en abrazos efusivos, en interminables apretones de manos, en voces y gritos de una acera á otra; debe de parecerse mucho al de los pasajeros de un trasatlántico que han corrido inminente peligro de naufragio. Y la impresión que hoy produce Lemberg es ésta. Se ríe en las calles con más alegría que antes y más que antes se reza con hondo fervor en las veinte iglesias que cobijan la fe múltiple de la ciudad.

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca

J. BUNDI



El Cementerio judío de Lemberg

Lemberg, 29 Junio.

LA ESCULTURA CLÁSICA



“NIOBE“, escultura que se conserva en la Galería del Uffizi, de Florencia

DE NORTE A SUR



El popular aviador francés Pegoud, que ha sido condecorado por su valentía en la presente campaña

Pegoud, condecorado

¿Recordáis á Pegoud? En la aviación francesa, donde hay tantos episodios audaces, tantas aventuras enloquecidas por el vértigo, pero en la que no se preparaban los aviadores al lanzamiento de bombas sobre ciudades indefensas, Pegoud se había conquistado un nombre.

No era como Garros, un mozo elegante y mujeriego, para quien el aeroplano servía como á una actriz el escenario para aumentar sus conquistas amorosas; no sintió, como Vedrines, la obsesión política que le llevara á un rotundo y grotesco fracaso electoral; no se limitaba, como el benjamín de los modernos ícaros, el temerario Brindejone des Moulinais, á un raid, como aquel de 255 kilómetros por hora en Agosto de 1913.

No, Pegoud era el especialista de una funambulería trágica. Llevaba al aire libre ese momento angustioso, inquietante de los circos, cuando la banda de música enmudece y el saltabanco se dispone á realizar una hazaña absurda y peligrosa.

Pegoud era el hombre que volaba «cabeza abajo». Daba cabriolas en el aire, cambiaba de un modo inverosímil las posiciones del aparato y ponía sobre sí el peligro del motor y aterrizaba de un modo totalmente distinto al de sus compañeros.

El «pegoudismo» llegó á ser una obsesión de Francia que aprovecharon los caricaturistas y los autores de revistas de fin de año. Llegó á simbolizar el «pegoudismo» todos los equilibrios y malabarismos sociales. La frase «andar de cabeza», que se aplica á los obsesionados por una idea fija ó á los acuciados por la miseria, dejó de ser un tópico. Si no andar, por lo menos volar, parecía posible.

Para más espléndida aureola, el «pegoudismo» costó la vida á varios envenenados de ambición que quisieron anular al inventor del acrobatismo aéreo. Pegoud sonreía, cobraba miles de francos y seguía dando volteretas inimitables. La gente acudía á los aeródromos, con la malsana curiosidad que en España acude á los circos taurinos: á ver si la casualidad proporciona el espléndido espectáculo de ver agonizar á un hombre, revolcándose en su sangre y hundiéndose las manos en las entrañas humeantes...

Pero el reinado de Pegoud fué bien efímero. Empezaron á triunfar los competidores. Incluso corrió por los periódicos una historia oscura y vergonzosa que parecía imaginada para esas películas melodramáticas de la sensiblera marca «Cines». Pegoud

fué procesado porque, según dicen, le sorprendieron inutilizando el motor de un aeroplano rival del suyo, la víspera de una competencia. Pegoud, este Pegoud que ahora sonríe condecorado por sus hazañas militares, debió atravesar una crisis horrible, lacinante...

Sin embargo, aquello está ya olvidado. Como sus compañeros, el atildado y enamorado Garros, el hosco Vedrines, que parece arrancado de una novela de Zola, y el audaz Brindejone des Moulinais. Pegoud pertenece ahora al ejército francés y vuela sobre los campos devastados de Flandes, desafiando el peligro de que le hagan dar, involuntariamente, aquellas volteretas que daba antes voluntariamente.

La guerra es el enorme crisol de la Francia futura. De ella surgen hombres distintos, de los mismos que antes contribuían á la leyenda de la frivolidad, la perversión y el escepticismo...

Lo peor será que la campaña, con sus cruces, sus galones, su halago á los instintos homicidas, cambie de tal modo á Francia que haga de ella una nación militarista para lo futuro. Y por ahí empieza el derrumbamiento de las naciones.

Las labores impropias del sexo

Antes de la guerra, Bélgica tenía sobre todos sus encantos el dulce, suave, tan propicio al ensueño, de sus mujeres que hacían encaje. Evocad los cuadros de los clásicos maestros flamencos, los dibujos contemporáneos, incluso las fotografías de los folletos de turismo. Siempre veíamos encorvada sobre los bastidores ó sobre los rulos en que tintineaban los bolillos de madera, á las encajeras belgas. Sus cofias blancas, sus manos de dedos largos y marfileños nos eran familiares y prolongaban esa sensación aquietadora, romántica, de la soñadora Bélgica. Como sus beguinas de Brujas, como su literatura impregnada de una sutil melancolía, como los viejos edificios señoriales y concavos de recuerdos gloriosos, aquellas mujeres silenciosas y humildes que hacían encajes no superados en ninguna otra nación reflejaban el alma de la raza.

Bruscamente, el estruendo de las ciudades al derrumbarse, los muertos amontonándose sobre los escombros, el éxodo terrible por los caminos que llevan á Francia, los campos infestados por la muerte y arrasados por la invasión germánica. El aspecto de Bélgica cambió por completo. Tan desgarradora su desesperación nos hizo olvidar, momentáneamente, los aspectos sentimentales, Bélgica lo había perdido todo.

Todo, no. En una caricatura del *Punch* le dice el Kaiser á Alberto I:

—¿Ves? Lo has perdido todo.

—¡Me queda el alma!

Y de esa alma formaron parte con los heroicos hombres las mujeres que, en otro tiempo, veían deslizar su vida como deslizaban sus manos en la sutil labor de bastidores de encajes y bordados...

Pero aquellos hombres murieron. Muchas de aquellas mujeres fueron ultrajadas; otras abandonaron la patria escarnecida...



Uno de los vigilantes femeninos que han empezado á prestar servicio en una Exposición de Londres

Y de pronto aparece esta fotografía, donde unos soldados alemanes—así como otros se ocupan en labrar los campos, tan espléndidamente abonados de cadáveres ó recuerdan en las fábricas belgas sus oficios civiles—están empleados en labores de bordado y flequería de seda que luego se venderán en Alemania...

No; no sonriáis. No evocéis las sombras adorables de las belgas, silenciosas y felices bajo sus cofias de encaje, para un comentario irónico.

El episodio no puede ser más triste, más honda la amargura del contraste para atrevernos á comentarle.

Vigilantes femeninos

Las partidarias del feminismo deben ser ahora más partidarias de la guerra que el pálido kronprinz. La guerra va poco á poco restando hombres y sustituyéndoles con mujeres. Es una invasión femenina de empleos y oficios que en tiempos de paz les estaban vedados. Adquieren con ello unos derechos para lo futuro que se discutirán muy difícilmente. Las hordas de Mr. Pan-kursth serán después más invencibles. Schopenhauer y Moebius deben palidecer de rabia desde el otro mundo; en cambio las sufragistas danzan de alegría por el ultróneo triunfo de la mujer.

En Londres ya empiezan á entrar en las Exposiciones; luego entrarán en los Museos, y sustituirán á los vigilantes masculinos. Hasta ahora sólo entran las feas y se procura desfemenizarlas con trajes antiestéticos que avergonzarían á las Venus de los cuadros.

Poco á poco entrarán las muchachas gentiles y bonitas, con las cuales las competencias no serán posibles. Porque entre una inglesa de Reynolds y una linda *girl* contemporánea, aun vestida más pobremente que «Ana Seymour», el visitante de la *National Gallery* no puede vacilar. Y cuando, después de los cincuenta ó sesenta años que precisa toda renovación social para introducirse en España, se empleen vigilantes femeninos en el Museo del Prado, ¿serían capaces de soportar la competencia los pomposos desnudos mitológicos de Rubens, con esas matronas jocundas que encandilan al buen madrileño, podría incluso la misma *Maja desnuda*, tan admirable y enloquecedora, vencer en una contienda de atractivos á una de estas muchachas menudas, frágiles, que son la espuma de nuestra raza y orgullo de los barrios castizos? | Hemeroteca General



Soldados alemanes ejecutando labores de bordados y flequería de seda en Bélgica

LO QUE FUÉ
MOROS Y OCHAVOS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

SIEMPRE que se suscita en controversias apasionadas ó en apacibles conversaciones, el problema de nuestra intervención en el Norte de Africa, recuerdo la famosa conferencia de Marruecos celebrada en Madrid durante la primavera de 1880.

En realidad, Cánovas veía el grave asunto con perspicacia, pero aquella reunión internacional no tuvo eficacia para los intereses españoles. ¡Cuántas veces nos sucedió lo mismo! Hombres que apreciaban con claridad circunstancias difíciles, hemos contado varios; pero hombres que dedujesen consecuencias prácticas y aplicasen remedios eficaces, nos faltaron casi siempre. Médicos que diagnosticasen con tino, hemos tenido algunos; lo que suele faltarnos es el operador que taje á tiempo y estirpe lo nocivo con mano dura y diestra.

En aquel Mayo del 80, que no fué muy risueño porque menudearon los chaparrones, entre otras notas pintorescas tuvimos para alegrar los Madrides la presencia de los moritos que acudieron al Congreso diplomático. Cánovas le presidió, con la satisfacción de estar á la cabeza de los enviados de las principales naciones de Europa, dando ante ellos gallarda muestra de su valer. Y eso que el astro canovista empezaba á declinar. El general Martínez Campos estaba furioso contra Cánovas y ambos personajes llegaron al duelo, claro que parlamentario. El año pasado, cuando en el actual Congreso presenciáramos un choque oratorio entre D. Antonio Maura y don Eduardo Dato, recordé, salvando las diferencias personales, el librado entre el ilustre general y el primer ministro de D. Alfonso XII.

El general, que era muy simpático, muy sincero, un verdadero soldado, noble, impetuoso, no balbuceó ante el gran orador. Le dijo varias cosas duras que recibieron su réplica, no blanda, y se dió el caso, de que á los cinco años de realizada la restauración, se peleasen en pleno Parlamento con verdadera acritud, el caudillo que había levantado la bandera del Rey para que triunfase y el hombre civil que puso su tesón en afianzar el Trono nuevamente alzado.

Entretanto, las fuerzas liberales no veían el final del desierto y Sagasta dió una prueba de su incomparable habilidad, realizando la fusión que había de llevarle victorioso á la tierra prometida. ¡Cuidado que trabajamos en los periódicos para dar cuenta de las conferencias, cabildos y jun-



RICARDO DE LA VEGA

tas que precedieron á la formación del partido fusionista! Porque entonces la tarea del noticiero tenía tres bemoles. Los personajes no eran tan asequibles como ahora. El prócer que se permitiese en estos tiempos la reserva que empleaba cualquier segundón de hace treinta años, habría de emigrar para librarse de las censuras.

La política animadísima en la temporada que evoco, amortiguase por completo al llegar el verano, y aunque Silvela no había hablado aún de las imperiosas vacaciones del estío, ya las practicaban con todo fervor nuestros hombres públicos.

Lo que alegró el alma de los madrileños, primero, y de todos los españoles, después, fué el estreno en la Alhambra de un sainete de Ricardo de la Vega y de Chueca, que se llama y se llamará, porque es eterno, *La canción de la Lola*. Estuvo representándose un año seguido. Pasó desde la Alhambra á Variedades. Primero lo interpretaron los artistas de la Compañía en que figuraban María Tubau, Balbina Valverde, Rosell y Julián Romea. Luego los tipos populares encarnaron en Juana Espejo, Trinidad Vedia, en Luján, Federico Tamayo, Ramón Mariscal. ¡Qué delicia de obra y qué modo de representarla! Quien lo presenciara y viva, no habrá olvidado á Luján diciendo: *me casu con veinticinco*, y á Romea en las coplas de las campanadas para incendios, porque todavía avisaban las campanas de las iglesias cuando se producía algún fuego en la población.

Seguían en ésta las grandes reformas que la han ido hermozeando, digan lo que quieran cuantos cursis, que sin conocer más ciudades que un par de las españolas, echan pestes del alegre, del bello, del magnífico Madrid. Entonces fué cuando se inauguró la estación de las Delicias, que produjo asombro al compararla con las viejas en que aún maniobraban el Norte y Mediodía.

La estación de las Delicias se abrió para la línea de Badajoz. En la fiesta inaugural se obsequió á los invitados por el Consejo y representándole hacía los honores el Secretario de la Compañía, un joven que ya era conocido como hombre de mucho talento, orador, catedrático, periodista: José Canalejas y Méndez, nada menos.

Durante el verano, desaparecieron del mundo dos españoles ilustres: el marqués de Toca y D. Eugenio Hartzenbusch. D. Melchor Sánchez de Toca estaba retirado de la profesión; era una gloria de la cirugía española, que por aquel entonces se enorgullecía de D. Federico Rubio, que echaba los cimientos del ya famoso Instituto; D. Juan Creus, que dibujaba con el bisturí; D. Santiago González Encinas, de aspecto temeroso por lo hirsuto, pero inocente como un niño, y el Doctor Cardenal, que aún sigue en Barcelona satisfecho al saber que su hijo dilata su historia ejerciendo el profesorado en San Carlos.

Hartzenbusch también estaba muy viejecito cuando se le llevó la muerte. Su entierro fué un desconsuelo; sólo acudieron á acompañar los restos del ínclito poeta unas doce ó catorce personas. Estaban fuera los cómicos de viso, los literatos de fama, y desapareció el autor de *Los amantes de Teruel*, sin que le acompañasen las manifestaciones de dolor correspondientes á su justa fama.

También en el mes de Agosto de aquel año, murió en Barcelona Bartrina, un escritor malogrado de quien se recuerdan todavía algunas composiciones impregnadas de humorismo.

En aquel veranito del 80, apretó el calor de firme, y no sucumbimos, gracias á los jardines del Retiro, donde pasamos las noches contemplando á las muchachas casaderas que ahora se solazan con sus nietos. En el Teatro de los Jardines, debajo del famoso cobertizo, nos situábamos para mirar á la escultural Cecilia Delgado, acogida con rugidos de aplauso al mostrar toda su espléndida belleza en *El juicio de Frine*, una zarzuela del maestro Emilio Serrano, el eminente músico que todavía parece un muchacho. Bosch y Rihuet hacían nuestras delicias en *Picio Adán y Compañía* y otras obritas de Rafael María Liern, un valenciano ingeniosísimo, que, de vivir veinte años más tarde, habríase enriquecido cobrando derechos. Bosch era un bajo muy notable y muy gracioso; Rihuet poseía una voz de tenor agradabilísima y extensa. Como se ve,



EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS

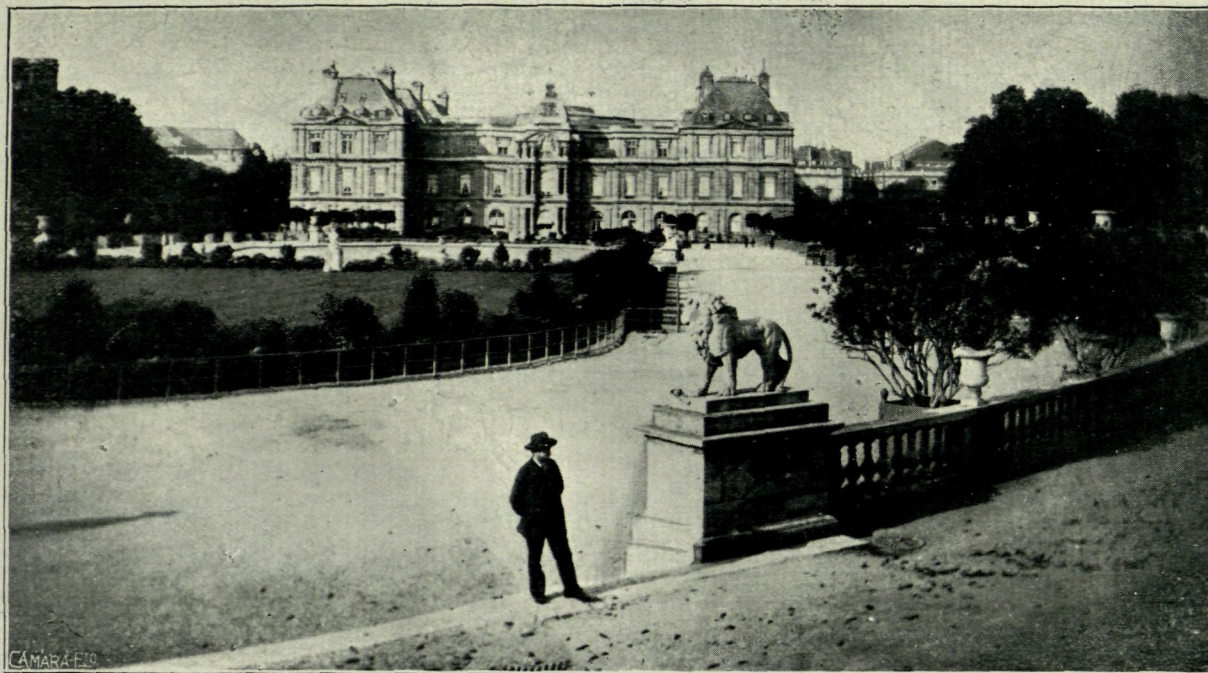
entonces los cantantes del género chico tenían voz. El tiempo cambia mucho las cosas.

En el Príncipe Alfonso, dirigían los músicos Espino y Angel Rubio, que ya desaparecieron, y el maestro Manuel Nieto, que sigue trabajando con aplauso merecido. Aun nos alegraba la vista Emilia Pinchiara, una bailarina de Italia, que se quedó en España para lucir su gentileza. Aquella mujer casi aérea, flexible como un junco, lo decía todo con los pies, se entiende todo lo agradable, porque lo desagradable, suelen decirlo por igual procedimiento algunos señores que no tienen nada ni de bellos, ni de airosos, ni de flexibles. D. José Zorrilla refería, en los Lunes de *El Imparcial*, una porción de cosas injustas y amargas contra *Don Juan Tenorio*, su ingrato y afortunado hijo. Comentábamos con grandes dudas las noticias de París, donde un doctor llamado Tanner, estuvo sin comer cuarenta días, saliendo ileso del empeño para iniciar la era de los ayunadores por contrata, ya que los hay forzosos. Por último, nos encontró el otoño presagando á diario, y siempre erróneamente, el estallido de una revolución que anunciaban desde París los zorrillistas; el lance verificado en Montevideo entre dos españoles, el ex-cura Romero, que dirigía un periódico en el Uruguay, y Paul y Angulo, que dirigía otro. Tuvieron un choque; se concertó un lance á pistola; dispararon sendos pistolazos Romero y Paul, sin tocarse; luego hizo fuego Romero y la bala rozó á Paul y Angulo; disparó éste y cayó muerto su adversario.

Tal nota trágica se compensó algo en las conversaciones veraniegas con las ocurrencias populares á que daba pretexto la imposición del sistema métrico decimal y la recogida de moneda vieja. Entonces no estaba generalizado, como ahora, el medir por metros y el pesar por kilos, y aún corrían por el mundo los famosos ochavos morunos que desaparecieron con muchas cosas que fueron en el siglo pasado ilusiones y ya se han convertido en desencantos.

Biblioteca de Comunicación
 Por la transcripción, J. FRANCOS RODRIGUEZ

JARDINES DE PARÍS



El Luxemburgo y al fondo el Palacio del Senado francés

Los niños, en cuya psicología el color verde ejerce una acción optimista preciosa, adoran los jardines. Los viejos los aman también porque en ellos se puede disfrutar sabrosamente del sol y caminar despacio. Los enamorados, asimismo, buscan los jardines en cuya umbría hallarán un banco solitario al beso propicio, y donde el alma ingrata de las fuentes, mezclándose á la expresión reposada de los árboles—de los árboles que nacen y mueren en un sitio—, llena á la vez el alma con las melancolías imprecisas de lo que se va y de lo inmóvil.

—Yo soy el árbol, yo espero—sueña la mujer.
Y el hombre:

—Fuente andariega: mi sino es el tuyo: andar...

Y así, Ella y El, mientras se oprimen las manos, suspiran. ¡Angustia extraña y dulce! Bien, y de buena gana, se echarían á llorar; y es porque Ella sabe que fatalmente ha de quedarse, y El adivina que, á la larga, fatalmente ha de irse.

La infancia, que no lucha aún con la vida; la vejez fatigada que cesó de pelear; los amantes, á quienes su pasión aísla y divorcia de todo, buscan el silencio de los jardines y de los parques: porque esos rincones verdes son la indulgencia, el descanso, la salud, el asueto; perdidos en la complicada red de las calles, son como notas dispersas de la eternal sinfonía de los campos; como rellanos donde nos hubiésemos detenido á recobrarnos de una ascensión demasiado dura.

Merece señalarse la apretada vinculación de cada parque ó jardín con el carácter del barrio que lo circunda: diríase que en los jardines de los arrabales pobres el plantaje es menos cuidado y la hierba crece más, como en aquellos distritos ricos y prósperos todo es armónico y hasta los árboles adquieren líneas especiales de elegancia.

En París, donde las distancias son enormes, es muy fácil marcar las diferencias no ya materiales—que éstas se hallan al alcance de cualquier aparato fotográfico—, sino morales, que distinguen un jardín de otro. ¡Es notable!... Cada uno de ellos posee un gesto privativo, un espíritu, un magnetismo, una conversación. ¡Una conversación, sí!... Los *squares* de Montmartre no conocen la corrección burguesa de sus hermanos los silenciosos *squares* de Passy; el bosque de Boulogne no alcanza la fuerza epopéyica de las selvas históricas de Saint-Germain; el jardinillo tendido como un limpiabarros ante las gradas de la iglesia de la Trinidad, ignora la melancolía, el recogimiento conventual de los castaños que crecen al pie de la torre del

Saint-Jacques; el francés que hablan las Buttes de Chaumont y Montsouris, escandalizaría á los álamos del Trocadero. Las Tullerías, son la infancia; los Campos Elíseos, la aristocracia; Vincennes, la clase media; el Luxemburgo, el

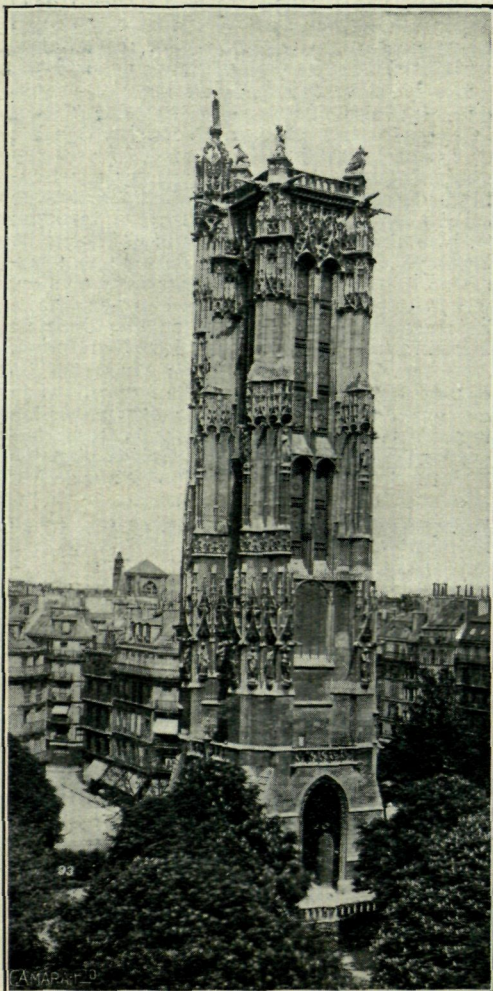
barrio Latino; la Universidad, la juventud estudiantosa y loca á la vez...

El jardín, por antonomasia noble y elegante de París, es el parque Monceau. Al entrar en él, de verle tan pulcro, tan ordenado, tan coquetón, tan limpio, nos felicitamos de llevar puestas nuestras botas de charol.

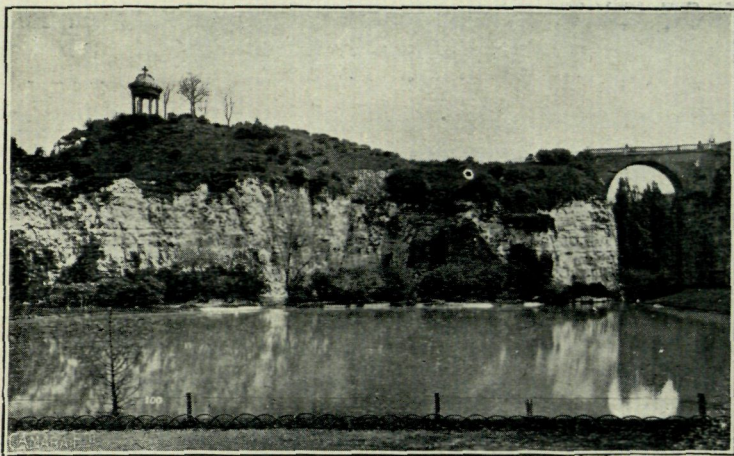
«De raza le viene al galgo el ser rabilargo» —enseña un adagio que andaba por España mucho antes de que Darwin fijase las leyes de la herencia—; y viene ello á propósito del parque Monceau, en el cual la encumbrada alcurnia de sus primitivos dueños parece haber grabado trazos de perdurable distinción.

A fines del siglo xvii Monceau era un villorrio dependiente de la Parroquia de Clichy. El opulento hacendado Grimod de la Regnière adquirió la señoría de Monceau, y después de gastar sumas cuantiosas en embellecerlo lo vendió al famoso Roberto de Orleans, duque de Chartres. Libertino y manirroto, gran devoto de las mujeres, de la música y de la danza, regocijado, epicúreo, comilón, noctámbulo, «gran señor», en fin, Roberto de Orleans dispuso construir un palacio y encargó á Carmontel el trazado de unos jardines que pronto fueron conocidos en París con el remoque de «la locura de Chartres». Monceau fué un remedo, una parodia modesta pero afortunada del célebre Parque de los Ciervos, de Versailles. Carmontel demostró que su buen gusto y sus conocimientos en el arte de la jardinería eran muy superiores á su prestigio y renombre, con ser estos muy grandes. Más que el palacio, rendía la admiración del visitante el jardín; había reunido allí un templo de estilo griego del cual se mantienen en pie todavía algunas columnas; baños de mármol, obeliscos, grutas saturnales, escondrijos nemorosos dispuestos como para en ellos revivir el idilio de Dáfnis y Clóe; y finalmente, un kiosco solitario al que acudían de noche, y por una puertecilla excusada, «las grandes impuras de la capital», según las palabras de un indulgente cronista de la época.

Aquella lejana grandeza y otras no menos ilustres que vinieron después, dejaron en Monceau una indefinible fragancia de elegancia y de paganía. Monceau es alegre y correcto; tiene la aristocracia de un vestido de baile ó de un traje de frac. Castaños frondosos, acacias llenas de murmullos suaves, laureles de severo color, cruzan sus ramas sobre los caminares de arena fina y rubia. Hay rincones leñeros para los enamorados, y «pelouses» verdes como esmeraldas y llenas de sol para los niños, y lugares poco



La famosa torre de Saint-Jacques



El lago de Buttes de Chaumont



El lago del Parque Monceau

frecuentados donde la ancianidad se divierte en dar de comer á los gorriones. Hay estatuas de bronce y Venus de mármol; hay estanques tan transparentes, tan límpidos, que en su cristal vemos pasar las nubes, y arroyuelos sembrados de nenúfares, bellos y lánguidos como vírgenes enfermas; hay troncos muertos, troncos que secó la hiedra y siguen cubiertos de hiedra, y que traen al espíritu el miedo á las grandes pasiones; hay sobre los herbazales húmedos y verdes, cuidadosamente podados, centenares de palomas blancas que se arrullan lascivas y la-dean la cabeza para clavar en el paseante sus ojos rosados... Es el maridaje feliz de la Naturaleza con el Arte. Siguiendo deliciosos senderos nos hemos acercado á los monumentos de Ambrosio Thomas y de Gounod, colocados como adrede, por ser músicos, junto á la incopiable melodía de una fuente; y hemos examinado con una mirada llena de recuerdos literarios, la cabeza militar de Guy de Maupassant; y dedicado unos instantes de contemplación admirativa al mármol genial que Froment-Meurice dedicó á la inspiración de Chopin. ¡Oh, la admirable escultura!... Las manos del autor de *Marcha Fúnebre* se apoyan nerviosamente sobre las teclas de un piano; una mujer descalza, sentada en el suelo, le escucha y rememora algo llevándose una mano á la frente; al fondo, en un bajo-relieve, la musa de la Inspiración y de la Melancolía — la que dictó aquellas viejas mazurkas que nuestros padres bailaron — pasa entre nubes ofreciéndole una flor al artista...

En el parque Monceau todo es selección, «élite»: Monceau es Hervieu, es Lavedán, es Donnay... Los jardines magníficos del Luxemburgo presentan una fisonomía muy distinta; el Luxemburgo, lleno de luz, grande y un tanto desproporcionado, como el zagalón que ha crecido demasiado aprisa, es el paseo predilecto de los estudiantes y de las obrerillas del «faubourg»; el Luxemburgo, en cuyos bancos siempre hay alguien con un libro abierto, es Münger...

La fundación de este parque, uno de los más bellos de París, se remonta á la dieciseisava centuria, y pasó á ser

propiedad de María de Médicis en 1612, poco después del fallecimiento de Enrique IV, el rey galán. La madre de Luis XIII, dedicó mucho tiempo y dinero á embellecerlo, y Rubens fué uno de los grandes pintores llamados para adornar las galerías del palacio. Al marchar al destierro, aquella gran reina hizo espléndida donación del Luxemburgo á Gantón de Orleans. Una leyenda ininterrumpida de amorosas aventuras va ligada á este nombre glorioso. Por allí pasaron una Montpensier, Elisaberth de Guisa, Luis XIV, la duquesita de Berry... quien — según el ironista Duclós — «para bajar de noche al jardín con una libertad más necesitada de cómplices que de testigos, ordenó tapiar todas las puertas menos la principal».

Más adelante Jacobo Desbrosses ensanchó y aclaró el parque derribando irrespetuoso los ár-

boles plantados por las mismas augustas manos de María de Médicis, y un conde, ávido de notoriedad, lo declaró «del dominio público». La revolución convirtió el palacio en cárcel, y de allí salieron camino de la guillotina Danton, Desmoulins, Lacroix, etc. Después, el Directorio se estableció en él y le restituyó su esplendor primitivo. Finalmente, volvió á ser patrimonio del vulgo.

Hoy, en ese trozo de tierra por donde pasaron hacia una cita, tantos pies nerviosos de mujer, la imaginación advierte como un cansancio; ese cansancio que dejan tras sí las fiestas ruidosas. En las alamedas largas, espaciosas, bien soleadas del célebre jardín, impera el silencio. Cantos de pájaros; pocos niños; y, á intervalos, una pareja de amantes ó un joven de melena encrespada, que fuma una pipa y lleva un libro debajo del brazo...

El parque denominado Buttes de Chaumont, es más accidentado; sus lagos de orillas irregulares, sus oteros poblados de maleza, le dan aspecto salvaje. El público que á él concurre — vecinos de Menilmontant — es vulgo de pequeños burgueses y de obreros; rostros sanguíneos, trajes baratos, zapatos de recias suelas, mujeres de apariencia honesta, esposos que caminan empujando un cochecito donde duerme un muchacho...

En Buttes de Chaumont, como en Montsouris — así llamado por los muchos ratones que hubo allí en otro tiempo — se pueden arrojar papeles al suelo sin temor á que los guardias regañen; la chiquillería trepará á los árboles, las esposas se quedarán en enaguas para dormir la siesta, sobre la hierba, después de almorzar, y los maridos tendrán derecho á descalzarse y ponerse en mangas de camisa. Las Buttes de Chaumont son cordiales y castas; son la familia...

Nada predispone tanto al amor, ó lo que es igual; nada inclina tanto nuestro ánimo al bien, á la alegría, á la generosidad, como la Naturaleza: un árbol, una fuente, un pájaro que cante sin ser visto...

Lector, hermano: procura siempre que la primera cita que des á una mujer, sea en un jardín.

EDUARDO ZAMACOIS
Biblioteca General
Paris, Junio.



Monumento á Chopin en el Parque Monceau

NUEVO MUNDO

De los asuntos más interesantes que publica en el último número la bella y popular revista

NUEVO MUNDO

cuya artística reforma ha sido excelentemente acogida por el público, entresacamos las siguientes informaciones: un bello y originalísimo retrato del infantito D. Gonzalo, hijo menor de los Reyes; la boda de un millonario yanqui; dos magníficos retratos de los generales Marina y Silvestre; varias é interesantes notas de la guerra; los diestros heridos; el juego del Po-

lo en La Granja, y muchos otros asuntos de gran interés.

En la parte literaria figuran las firmas de Andrenio, Unamuno, Pérez de Ayala, Dionisio Pérez, Cristóbal de Castro, Francos Rodríguez, Maeztu, "Sobaquillo", Emilio Carrère, "Corchuelo", Sanchiz, Miquis, Aurelio Matilla, Pérez Zúñiga, Manuel Soriano, Almela, Juan Palomo, Armando Tiberio y otros escritores.

El número, en total, se compone de 48 grandes páginas, algunas de ellas, y la portada, en color, y su precio es el de

30 CÉNTIMOS

POR ESOS MUNDOS

El número del presente mes de esta antigua revista, y que acaba de publicarse, no sólo ha modificado su aspecto, aumentando de tamaño y acreciendo considerablemente su parte gráfica, sino nutriendo sus 112 páginas con texto variadísimo, de una amabilidad extraordinaria y de una sana orientación cultural.

En tan pequeño espacio reúne el citado número conocimientos enciclopédicos y selecta literatura de autores célebres extranjeros y de primeras firmas españolas.

He aquí los títulos de algunos de los principales trabajos:

Un secreto maravilloso, cuento por el célebre novelista inglés H. G. Wells.

Historia de un pobrecito asesino, por el famoso humorista norteamericano Mark Twain.

El alma mejicana, por F. Antón del Olmet.

España en Marruecos, por Dionisio Pérez.

Los Florines del hebreo, leyenda por L. López de Saá.

La Cuna de la Valerosa (Academia de Toledo), por Aurelio Matilla.

Enigmas del mundo de los insectos.

La joya de moda (Historia y curiosidades de la esmeralda).

Europa reconstruida (interesante estudio de geografía política).

¿Son las plantas como los animales?, por J. Chunder Bose.

El arte de hacer fuego.

Y otros trabajos no menos atractivos y varias informaciones sobre deportes, inventos, curiosidades, etc. Como regalo musical, publica una bellísima serenata para canto y piano, del ilustre compositor Rogelio Villar. En la sección de caricaturistas españoles inaugura una graciosa "enquete" de nuestros primeros dibujantes.

Precio de cada número: UNA peseta en toda España

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS
originales de
EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

KÂULAK
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4 MADRID

≡ **AVISO** ≡

A nuestros suscriptores de Madrid que se ausenten á provincias durante el verano, les serviremos el periódico al sitio donde nos indiquen, sin que por ello tengan que abonar
:: :: :: cantidad alguna :: :: ::

BIEDMA
FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden Hay ascensor

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi Gerente: מרדכי כהנא

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA
Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Dirjense pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid, Apartado de Correos 571 Dirección telegráfica, Telefónica
::: y de cable, Grafimun Teléfono, 968 :::



La piel más castigada por los calores del estío se afina con el empleo constante del JABON

Flores del Campo

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

res. / 137